

**BRU
GUE
RA**

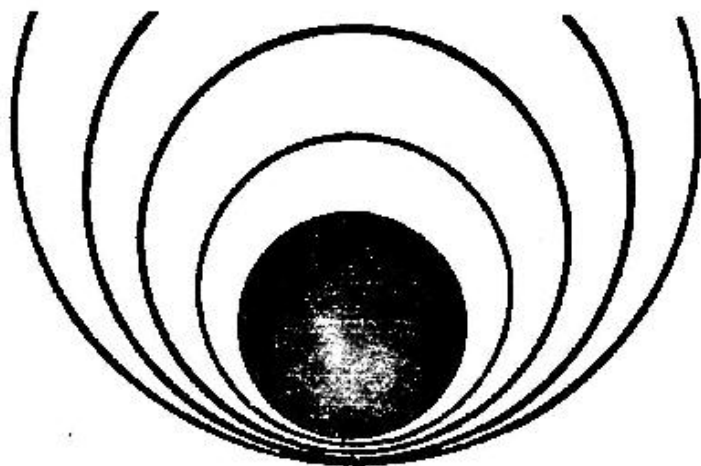
BOLSILIBROS

T **POLICIACO**

UNA SONRISA ANTES DE MORIR

Rocco Sarto





PUNTO ROJO



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección KANSAS:

1.302 — Joe Laredo.

En Colección PUNTO ROJO:

1.123 — Días violentos.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.726 — Adiós al servicio.

ROCCO SARTO

UNA SONRISA ANTES DE MORIR

Colección PUNTO ROJO n.º 1.126
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-02520-X
Depósito legal: B. 32.346-1983

Impreso en España · Printed in Spain

1.ª edición en España: noviembre, 1983
1.ª edición en América: mayo, 1984

© Roca Sarto · 1983
texto

© Pujolar · 1983
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas
que aparecen en esta novela, así como las
situaciones de la misma, son fruto exclu-
sivamente de la imaginación del autor,
por lo que cualquier semejanza con per-
sonajes, entidades o hechos pasados o ac-
tuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona · 1983

CAPITULO PRIMERO

Tenía una copa de whisky en la mano derecha, un cigarrillo en la izquierda y un cansancio húmedo en los huesos cuando escuché la explosión. En otras circunstancias me hubiese desentendido de la inoportuna onda expansiva que hizo trepidar los cristales y agitar la llama de los leños. Pero no lo hice por dos razones: la primera estaba relacionada con mi natural disposición a lamer en soledad las heridas que recibía a lo largo de los años y, en el instante del estallido, hacía unas semanas que procuraba olvidar el caso Boldori y ya estaba harto de insultar al sistema, la segunda razón resultó menos clara. Era una razón casi personal, porque fue la interrupción de un silencio construido con paciencia y voluntad y no un absurdo exilio en las montañas para hacer el balance de mi vida.

En fin, la explosión me introdujo en el universo del que pretendía largarme durante algunas semanas, y lo hizo con la precisión de un escarpelo de neurocirujano, directamente en las neuronas adecuadas.

Eché el whisky en el fuego y una lengua febril trepó fugazmente por el conducto de la chimenea. Busqué la cazadora forrada en el armario que yo mismo había construido junto a la puerta y salí de la cabaña.

Era una noche prefabricada por una mano gigantesca y torpe. Grandes nubes excesivamente blancas vagaban de este a oeste contra un cielo bajo, oscuro y pesado. El sol como un ojo morado se había sumergido detrás de las copas góticas de las coníferas y el viento silbaba insistente por encima de la sabana de nieve. Tuve la estúpida idea de que en cualquier momento aparecería el doctor Zhivago persiguiendo su sonrisa y en busca del merecido primer plano.

Avancé en dirección al bosquecillo que flanqueaba parte de la carretera. Un resplandor siniestro indicaba el incendio y apuré la

marcha todo lo que pude, hundiendo las piernas hasta las rodillas en la nieve fresca.

Había una fascinante irrealidad en toda la escenografía: la ladera nevada, los pinos cargados y vencidos, el paisaje desierto barrido por el viento y las llamas inquietas que parecían bailar en el vacío.

Aproveché el declive del terreno para aumentar mi carrera y observé el coche envuelto en la magia letal del fuego, las ventanillas destrozadas por el deslizamiento desde la carretera, a cincuenta metros por encima del sitio en que se hallaba, el capot levantado, torcido y ennegrecido por el humo, los asientos traseros arrancados de sus fijaciones y amontonados como desperdicios en la cabina achatada por las vueltas de campana.

Y todavía no había estallado.

Rodeé el automóvil observando los alrededores, buscando algún superviviente, aunque parecía evidente que las puertas cerradas atrapaban en el interior a las víctimas del accidente. Por alguna razón poco clara no me impresionó la posibilidad de que un grupo de seres humanos estuviese crepitando entre el amasijo de asientos y hierros retorcidos.

Fue entonces cuando descubrí a la mujer.

Estaba echada sobre la nieve, a dos o tres metros del automóvil, mirando las llamas con ojos desorbitados. Pero no había horror en su mirada, sólo una esperpéntica resignación.

Confieso que yo mismo me adherí a la escenografía desesperada y casi pude ver mi propio rostro demudado ante la inminencia de la explosión. La mujer giró su rostro hacia mí y entonces descubrí el detalle. Tenía las manos sujetas a la espalda y los tobillos atados con unas cintas blancas.

Su expresión patética y resignada se alteró y en sus pupilas oscuras brilló una nota de esperanza que hizo aún más trágica la situación. Estaba resignada a morir y repentinamente encontraba una pizca de salvación. Abrió la boca para gritar, pero no halló voz alguna en el fondo de su garganta seca y horrorizada.

Me precipité hacia ella resbalando sobre mis fundillos, la cogí por debajo de las axilas y arrastré pendiente arriba en busca de un mínimo refugio antes de que el automóvil estallara.

La onda expansiva nos alcanzó parcialmente cuando me inclinaba con ella detrás de algunos troncos, talados para utilizar como leña de invierno. En ese momento, mientras me quitaba la nieve de encima y buscaba mi cortaplumas suizo, me enfrenté con un hecho que aumentaba la brutalidad de lo que comenzaba a comprender que había ocurrido: había escuchado dos explosiones, dos..., de modo que había estallado primero el depósito de gasolina y luego, una segunda explosión que indicaba más gasolina en el maletero, tal vez un par de

bidones de diez o quince litros cada uno. La mujer conocía la existencia de aquellas bombas inflamables por esa razón miraba como hipnotizada el coche en llamas. Había sobrevivido a la primera llamarada expansiva, pero sabía que no podría conservar su suerte ante la inevitable explosión de los bidones.

Los tipos que habían planeado su muerte no debían haber tenido una infancia feliz, seguramente pertenecían a las pandillas que incendiaban gatos y hacían bailar ranas vivas sobre una vieja sartén oxidada.

El eterno cortaplumas que me había regalado mi amigo Reuben el Suizo, cortó las ligaduras que sujetaban las muñecas y los tobillos de la muchacha. Ella no parecía notar mi presencia, adherida a la fascinación de las llamas como un insecto hembra al fulgor de una lamparilla.

—Te encuentras bien —pregunté, sólo por poner una nota humana entre ella y yo.

Sin parpadear, con los brazos cruzados sobre el pecho, el cabello desgredado, y un rostro tenso, bellísimo por debajo de la expresión torturada, la mujer inició un leve balanceo hacia atrás y adelante.

Estaba en el centro de su estado de shock, tan desvalida que me lastimó como una cuchillada. En ese momento podría haber destrozado la yugular de sus carniceros con mis propios dientes. Así de primitivo me sentía.

—Vámonos, o lo que no consiguió el fuego lo hará el frío. Por favor, procure reaccionar.

Escuchaba mis palabras como si pertenecieran a algún androide solitario y carente de emociones. No creía que ella pudiese chasquear los dedos y volver a ser lo que era antes del episodio que acababa de vivir.

La cogí por las axilas y la puse de pie. Me miró sin expresión alguna y abrió los labios carnosos. Si deseaba decir algo, no era a mí a quien dirigía su mensaje.

La boca amplia se distendió en una mueca que se hallaba a mitad de camino entre la carcajada histérica y el alarido de horror, pero no profirió ningún sonido. La alcé y eché a andar en dirección a mi cabaña.

Vestía un pantalón ceñido y negro que debía haber firmado un diseñador conocido, una blusa que hacía juego con él que permitía una perspectiva deliciosa de sus senos grandes y duros, y botas de cuero, negras como el mal.

Estaba helada.

Detuve la marcha, me quité la cazadora y la abrigué con ella. La mujer no pareció notar la diferencia. Se estremecía como una libélula y apretaba los dientes detrás de la mueca.

La estreché contra mi pecho y aspiré el perfume de su cuerpo. Olía a lavanda, a sudor y a locura, como yo sentía que debía oler. Cuando llegué a mi cabaña el cielo se había roto y una cortina de nieve convertía el paisaje en una estampa navideña.

La dejé sentada en el sofá, frente al fuego de la chimenea, y fui en busca de una manta. Cuando volví a su lado continuaba absorta en el diseño del fuego.

La cubrí con la manta y cogí su rostro entre mis manos. Era verdaderamente hermosa y sus ojos enormes, más perplejos que horrorizados, observaban un paisaje invisible para mí.

—De acuerdo, nena —dije—, tómame tu tiempo.

La dejé con su espectáculo interior y llené la bañera de agua caliente. Agregué unas sales que había dejado Zara cuando ella y yo creíamos en el futuro de nuestra pareja y regresé a buscar a mi mujer-enigma

—Escucha, muñeca, estás helada y confusa. Creo que lo mejor será un baño de inmersión y una copa. No soy médico, pero mi tratamiento no puede hacerte nada malo. ¿Me comprendes?

Yo no lo esperaba, pero desvió los ojos del fuego y los clavó en los míos. Había un universo detrás de sus pupilas, pero ella no podía exhibir cada detalle con una sola mirada y esa imposibilidad la que la mantenía aferrada al shock.

—Ven, muchacha.

No se resistió cuando la conduje hasta el cuarto de baño y tampoco cuando comencé a desvestirla. Le quité la blusa y observé los golpes en los hombros, parte de los senos magníficos y en las costillas, por encima de la cadera.

Ella permaneció inmóvil, de pie y en posición de firme, como un granadero en su puesto de combate, fuera cual fuese la guerra que estaba librando.

Levanté una pierna y le quité una bota, luego la otra. Abrí la hebilla del cinturón, bajé la cremallera y le quité la prenda.

Llevaba una braga minúscula, inmaculadamente blanca contra la piel sugestivamente dorada.

Levanté la vista y observé su rostro.

—¿Quieres continuar tú sola? —pregunté con un pudor absurdo.

No respondió.

Le quité la braga y probé la temperatura del agua con mis dedos. Estaba caliente, pero podría resistirla. La alcé y la sumergí entre la espuma de las sales.

Su expresión varió por completo: fue una niña feliz, una adolescente entusiasta, una mujer satisfecha y, por último, una víctima más de su propia vida.

Lanzó un gemido gutural, nacido del fondo de su memoria y

comenzó a sollozar. No era un llanto que yo conociera y puedo afirmar que he escuchado, vivido, compartido y lamentado más llantos, aullidos, gritos y gemidos que la mayoría de los caballeretes de mi generación. No, no era un sonido agradable. Lloraba con todo el cuerpo, estremecida y resignada. Lloraba fríamente, como si sus sollozos pertenecieran a una mujer muerta.

Fui en busca de una copa de “cognac” y regresé a su lado. La cogí por el cuello y la ayudé a beber. Cuando acabó la copa se reclinó y cenó los ojos. Yo permanecía a su lado, guardando su momento de relajación. Por fin, abrió los ojos y volvió a mirarme.

Sonreí.

—¿Mejor? —pregunté.

—No me gusta este clima —dijo con una voz profunda y desapasionada—. En Big Sur reina el sol. Hay más alegría.

—Estoy de acuerdo contigo. ¿Tienes hambre?

—Me gusta el sol.

La ayudé a incorporarse y a vestirse con una bata de toalla. Le sequé los cabellos negros y la acomodé nuevamente delante del fuego. Se encogió como una bailarina, con elasticidad y elegancia, hasta adoptar una posición fetal.

La cubrí con la manta.

Ella sonrió brevemente al fuego, cerró los ojos y se quedó profundamente dormida.

Me serví un bourbon y lo bebí con verdadera delectación, registrado su sabor debajo de la lengua, en la garganta y también en el descenso áspero hasta el estómago.

Me puse de pie y ella abrió los ojos. Había tanto terror en ellos que caí a su lado, le acaricié los cabellos y la besé en la frente como a un niño que se asombra de la violencia e injusticia de su primera pesadilla.

Volvió a dormirse. Fui en busca de mi viejo maletín, extraje una hipodérmica descartable y una ampolla con un sedante ligero y efectivo. Levanté parte de la manta y la bata, le pellizqué la nalga dorada y espléndida y le apliqué la inyección.

Ella no se movió.

Al cabo de diez minutos recogí la cazadora y salí nuevamente de la cabaña. La tormenta de nieve arreciaba y el viento era un músico ebrio y desesperado entre las copas de los pinos.

No me costó esfuerzo alguno hallar el lugar en que había ocurrido el atentado. El coche continuaba ardiendo e incluso algunos árboles próximos habían sido alcanzados por los salivazos encendidos de la explosión del combustible.

Busqué algo que pudiese servirme para componer un rompecabezas y utilicé mi linterna con escasa efectividad. El viento y la nieve

convertían la noche en una espiral violenta y cruel.

Seguí el rastro dejado por el automóvil al despeñarse desde la carretera y accedí a la cinta del camino de montaña, una cinta resbaladiza y serpenteante que era escasamente transitada durante el invierno.

La señal estaba muy clara. Habían detenido el automóvil en el borde mismo de la ladera, en el sitio más escarpado, y luego lo habían empujado para que se despeñara e incendiara. No deseaban correr el menor riesgo, de modo que habían cargado el maletero con gasolina y esperaban que la prisionera, bien sujeta dentro de su ataúd, acabara incinerada. La habían atado con trozos de paño que no dejarían huellas ante una eventual investigación.

Había dos hendiduras paralelas que se alejaban por donde había llegado el vehículo siniestrado. Los asesinos estaban de regreso en Nueva York.

Inspeccioné nuevamente los alrededores del paisaje que componía el coche destrozado y los hierros retorcidos. Hallé intacta una matrícula de San Francisco. La recogí y emprendí el regreso a la cabaña.

Cuando entré en el salón, la muchacha dormía pro fundamente. Me sentí como un marido novel, de regreso tras la jornada laboral. Ella tenía el rostro arbolado por la proximidad del fuego y parecía sonreír.

En un impulso, la besé la mejilla tibia y enrojecida y aspiré su perfume. De no ser por la memoria de la muerte, la mujer en mi cabaña, junto al fuego y bajo la cruda cadencia de la tempestad, podría inscribirse en el capítulo de los sueños de cualquier seductor.

CAPITULO II

Me dormí en un sillón, apremiado por varias ideas, todas muy poco convincentes. Ignoraba quién era la mujer, aunque su rostro no me era del todo desconocido. Me desperté a las cinco de la mañana porque un leño había rodado dentro de la chimenea. Ella estaba sentada, observándome.

Me sobresaltó la intensidad de sus pupilas y su absoluta inmovilidad. Le acaricié el rostro y detuve mi mano en su frente. Estaba ardiendo. Le preparé un té y disolví en él un par de aspirinas. Lo bebió sin oponerse y volvió a recostarse.

Controlé sus estremecimientos, los fulgurantes estertores que recorrían su cuerpo tibio y de vez en vez cambiaba un paño frío y húmedo de su frente. A las ocho de la mañana la fiebre remitió y reconocí en el cadencioso ciclo de su respiración un sueño sano y profundo.

Fui hasta el teléfono y llamé a Nueva York.

Siempre he creído que un hombre tiene un capital enorme en su disposición para hacerse de amigos. Yo tengo sólo una docena de buenos amigos y algunos tipos que harían cualquier cosa por mí porque sienten que me deben algo. Llamé a Roy Burnick, reportero policial del Equum, y decidí pasar a la ofensiva.

—¿Quién? —preguntó la voz aguardentosa de Burnick y pude adivinar la colilla colgada de la comisura de la boca, la barba eterna de dos días de antigüedad y los párpados semicerrados de su rostro flácido y avejentado.

—¿Cómo has podido sobrevivir sin mí, vieja mofeta?

—No digas más, pétalo. Si mi memoria no me driblea eres Nicholas Cooper, nuestra eminencia sórdida.

—Confíesalo, muñeco... Todavía me quieres. Tú y Alma todavía me quieren.

—Es posible, pero Alma ha debido recalentar cien veces el cocido que te preparó el dos de setiembre.

—Estuve en el hospital. En Wichita.

—¿Cómo? —ahora su tono abandonó la ironía para convertirse en un reclamo preocupado.

—El caso Boldori. Salí airoso, pero con una onza de plomo en el costado izquierdo. El cirujano pensó que, al igual que lo creéis tú y

Alma, yo carecía de corazón.

—¿De qué diablos estás hablando?

—La bala entró a la altura del corazón, de frente y, de algún modo, esquivó el corazón y se alojó detrás del ventrículo derecho. ¿Comprendes?

—¡Maldita sea, Nick! ¿Cómo es que no lo he sabido?

—Un amigo policía me dejó fuera del tinglado. Era publicidad gratuita y Boldori pertenecía a la Organización.

—Supongo que algún día cambiarás de vida y nos harás un enorme favor a los amigos. Desde que cumpliste los veinte años no hacemos más que segregar bidones de adrenalina en tu honor.

—Necesito tu ayuda, Roy —dije, para cortarle el monólogo admonitorio.

—Escúpelo.

—Tengo una matrícula de San Francisco y me gustaría conocer al propietario del vehículo.

—Puedo conseguirlo.

Le di las señas de la matrícula y me aseguró que llamaría en una hora. Cuando colgué me sentí mucho mejor. Es bueno saber que, a pesar de llevar una vida de lobo estepario, uno pertenece, al menos, a un sector estimulante de la raza humana. El sector en el que los amigos son amigos.

Preparé café y encendí un cigarrillo. Fumé con la mirada perdida en la sabana de nieve que rodeaba mi cabaña. No podía ser una casualidad que los problemas viniesen a buscarme hasta aquel retiro semisalvaje. Yo debía tener una disposición trágica hacia los enredos sangrientos.

El teléfono sonó cuando recorría inútilmente el anecdotario de mi vida.

Era Roy.

—¿Hablo con nuestro detective de historieta?

—¿Qué sabes de la matrícula?

—Su propietaria es una mujer. Una especie de celebridad en ciernes.

—Déjate de misterios, pétalo.

—Melina Boyer. ¿Te dice algo el nombre?

—¿Actriz?

—Sí, una buena actriz de teatro. Hizo una incursión en el cine de la mano de una directora feminista. La película fue un éxito, aunque no trascendió más allá de los límites de ciertos círculos intelectuales.

—Entiendo.

—Hace un año, tras el estreno, inexplicablemente, lo abandonó todo y desapareció de circulación.

—¿Qué significa eso?

—Que abandonó su carrera. Levantó algún revuelo en el mundillo

artístico durante un par de meses, pero luego cesó el interés por ella. Hollywood y sus aledaños no son un paisaje solidario o excesivamente respetuoso de la entidad humana.

—Ahórrame la filosofía. Ella está aquí.

—Si está contigo hay un problema de por medio. Si hay un problema de por medio hay una noticia policial, por lo tanto, puedes serme útil. Soy reportero, ¿lo recuerdas?

—Te daré la noticia en su momento, Roy.

—Cuéntame el asunto, no diré una sola palabra hasta que tú me autorices a ello.

—La encontré en las inmediaciones de mi refugio. Estaba atada y en estado de shock junto a un automóvil incendiado.

—¿Qué hacía allí?

—Aguardaba que estallaran los bidones de gasolina que sus verdugos habían metido en el maletero.

—¡Cristo!

—La arrastré antes de que la segunda explosión nos convirtiera en una nube biológica.

—¿Cómo está ahora?

—Duerme.

—¿Necesitas algo?

—Más datos. ¿Puedes averiguar algo más?

—Lo intentaré.

—Bien. Llámame en cuanto sepas algo nuevo.

—¿Has hablado con ella?

—No. Desvaría.

—¿Cómo haces para atrapar tú sólo todas las tarántulas? —preguntó Roy, en un último alarde surrealista.

Para no ser menos, corté la comunicación.

El sol giraba por encima de los copos de nieve como una adivinanza repetida y agrisada por el invierno.

Repentinamente me dolió la cicatriz que llevaba como un sidecar, junto a mi tetilla izquierda. Era mi credencial del caso Boldori. Normalmente no acababa mis trabajos a balazos, pero cuando uno se mezcla con la Organización el universo suele ser demasiado pequeño para eludir la violencia. En la actualidad, del mismo modo en que hay una internacional socialista, una internacional conservadora y una internacional de las ideas de avanzada, existe una internacional mafiosa, dictadores vinculados al tráfico de estupefacientes, financieros que dirigen las tramas negras, instituciones libres de toda sospecha que tienen los dedos ensangrentados..., en fin, la cotidiana estupefacción que nos asalta desde las primeras planas de los periódicos. El caso Boldori podía haber sido la punta del ovillo de una enorme parcela de poder putrefacta, pero no lo fue. Hubo muchas

llamadas y advertencias de peces gordos a los pececillos pedestres y un policía honesto me había quitado del camino antes de que parara la apisonadora.

Yo tenía que estarle agradecido, pero salí del asunto con un sabor amargo en la boca. En cualquier caso, Boldori había muerto en la refriega y eran mis balas las que le habían posibilitado una visita gratuita y definitiva al otro barrio. No dejaba de ser un consuelo.

Acaricié la cicatriz por encima de la camisa y eché un vistazo a la alacena. La muchacha necesitaba una comida nutritiva.

—¿Eres buen cocinero?

Me volví sorprendido. Allí estaba, en la jamba de la puerta, recostada en una pose indolente, con una pierna flexionada, los brazos cruzados debajo de los senos orgullosos y el rostro arrebolado por el sueño, la tibieza y —supongo—, la satisfacción de sentirse viva.

—¿Cómo te sientes?

—Viviré.

—Me alegre.

—¿Quién eres tú?

—Nicholas Cooper.

—Me has salvado la vida.

—Bésame y sonríe, muñeca —dije, procurando una imitación aceptable de Humphrey Bogart.

Ella no sonrió. Se acercó, apoyó las manos en mis hombros y me miró hondamente. Sus ojos entraron en cada circunvolución de mi solitario cerebro y anidaron allí como estímulos parásitos.

Se puso en puntas de pie para besarme en los labios. No hubo una pizca de erotismo en su caricia. Diez años atrás me hubiese echado a llorar, pero no ahora, cuando había alcanzado un control mercurial de mis emociones.

—Lo siento por ti, Cooper.

—¿Es una adivinanza?

Ahora sí sonrió. Fue casi una mueca, porque no revelaba entusiasmo o alegría, sólo fatalismo. Pero aun así fue una sonrisa hermosa.

—Ellos necesitan liquidarme —dijo secamente.

—¿Por qué?

—No tengo una historia triste y llena de pasiones. Es una historia estúpida, tan estúpida como algunos de mis sueños.

—Haremos una cosa, muchacha. Yo cocino y tú hablas. ¿De acuerdo?

—¿Por qué no? Ahora estás metido en mis problemas.

—Has hecho una reaparición fulgurante —bromeé.

Me resultaba un poco irritante su recuperación. No me gustan las personas que parecen recuperarse sólo para adoptar la máscara de la depresión. Claro que entonces yo ignoraba todo su affaire con el

horror.

—¿Sabes quién soy?

—Melina Boyer, actriz.

—Préstame alguna ropa, ¿quieres?

—En el dormitorio hallaras todo cuanto necesitas. Tuve una mujer de tu talla.

Me miró por encima del hombro.

—He superado el shock —dijo—, pero recuerdo cada momento. Créeme si te digo que siento haberte complicado la vida.

—Vístete y regresa. Pareces en condiciones de contar el horror en voz alta.

Se alejó sin sonreír y yo miré la sartén vacía como un venusino que descubre los helados de pistacho.

Huevos revueltos con jamón, tostadas y café. Nada original, pero suficiente para calmar la iguana que llevaba en el estómago. No hice más que disponerlo todo sobre la mesa cuando tuve un presentimiento intenso.

Fui hasta la habitación y la encontré de espaldas, vestida con una blusa abrigada de tela escocesa, un tejano muy gastado y botas. Por un momento pensé que se trataba de Zara. Sus hombros se estremecían levemente, agitados por una brisa que partía de sus propios huesos.

Estaba llorando en silencio, con los ojos muy abiertos y la mirada oculta entre los pinos de la ladera lejana. Pasé un brazo por encima de sus hombros y la apreté contra mí.

—Estoy condenada, Nicholas —gimió—, muerta. Se acabó.

Estaba reviviendo todo el episodio horrible con serenidad. Ya lo había hecho en medio del shock, más tarde apelando a su humor y su coraje y ahora, por fin, metabolizaba todo el terror padecido como un ser humano en relativo equilibrio.

—Háblame de ese miedo que sientes. Tal vez pueda ayudarte. Te diré que para ellos ya debes estar muerta. Fue una casualidad que la primera explosión te expulsara del automóvil.

Descubrí un brillo distinto en sus ojos.

—Vendrán a verificar mi muerte —dijo, perdiendo el fulgor esperanzado.

—No, no lo harán. No serán tan estúpidos.

—No hay cadáver —insistió.

—Y tampoco hay investigación. El automóvil cayó al barranco y ha nevado toda la noche. Debe estar cubierto. Nadie vive por estos contornos. La casa más próxima se halla del otro lado de la colina y existe un camino más adecuado para llegar hasta ella.

—¿Entonces...?

—Tenemos tiempo. Yo te ayudaré.

El repicar del teléfono la sobresaltó.

—Ven, se enfría la comida.

Era Roy.

—Nada de nada, hijito. Ella estuvo en California todo el tiempo. Eso es seguro.

—Está bien, Roy. Si me decido a investigar, comenzaré por allí.

Colgué.

—¿Quién era?

—Un amigo.

Dejó de comer y me miró preocupada.

—No te inquietes, yo tengo verdaderos amigos. El averiguó tu nombre de acuerdo a la matrícula del coche. Lo pensaron bien tus asesinos. Sería más lógico hallarte en tu propio automóvil.

—Fue horrible...

No hubo más comentarios hasta que regresamos al salón y avivé el fuego de la chimenea. Provistos de sendos tazones de café y con una botella de bourbon al alcance de la mano ella parecía dispuesta a recordar.

—¿Quién eres? Quiero decir... ¿qué haces para vivir? —preguntó.

—Soy investigador privado.

La primera vez que respondí con la frase soy investigador privado sentí un cierto pudor. Esperaba que los demás me vieran como al rudo sujeto de la oficina sórdida, el whisky fácil y los sueños imposibles. Pero Quijote siempre ha sido una ficción y la realidad exhibe detective privado sórdidos, cobardes, ambiciosos, inescrupulosos, con vocación resignada y poca confianza en la moral, sea lo que fuese. A mi modo de ver, confesar esta profesión en perder puntos y ser considerado un mandadero, un mercenario que persigue esposas que buscan un amor fugaz para huir de los michelines y el aburrimiento del marido, maridos de toda especie que buscan bajo las faldas de sus secretarias un paraíso que han perdido para siempre y, tal vez, alguna investigación menos patética, vinculada al espionaje industrial o a la búsqueda del querubín de turno.

En mi caso, he sido perdedor y ganador, pero he conseguido labrarme un cierto prestigio por una razón fundamental: no me gusta deberle nada a nadie.

Ella lanzó una carcajada corta.

—No puedo creerlo —dijo.

—Ya lo crearás, es sólo cuestión de sentido común.

—Lo siento, no era mi intención burlarme de ti.

—¿Qué te parece si comienzas con tu historia?

—¿Conoces a Finnegan?

—¿Marty Finnegan?

—El mismo.

—He oído hablar de él sin que se me infectaran los oídos.

—Tiene gracia... porque me enamoré de él y...

—Es un tipo atractivo.

Debió percibir el desprecio involuntario en mi voz porque se restregó las manos con nerviosismo.

—No fue sencillo estar a su lado continuó, con la mirada clavada en la puntera de las botas—, porque es muy violento. No puedo contestar a la pregunta de por qué viví tanto tiempo con semejante animal.

—¿Cómo le conociste?

—En una fiesta, en Big Sur.

—¿Y?

—Se mostró encantador y yo estaba embriagada por el éxito y una dosis excesiva de estupidez y soberbia.

—No te culpes demasiado —dije sin convicción. Me dolía que aquella muchacha hubiera podido desnudarse ante un hijo de perra como Finnegan y recibirlo entre sus piernas. Soy algo chapado a la antigua, aunque el ambiente en que me muevo haya modificado mi dogmatismo inicial.

—Durante muchos meses viví como en el paraíso. Marty se esfumaba durante días, incluso semanas, pero regresaba y todo volvía a ser magnífico. Me sentía endiosada por su poder. ¿Es demasiado estúpido?

—Quizá.

—Sí, lo es. Luego algo ocurrió y el mundo se hizo pedazos.

—¿Qué ocurrió?

—Mataron a alguien. Alguien importante y se deshizo parte de una red... Una red de algo... Por entonces yo vivía en el aire. Sólo me interesaba dar la espalda a la realidad. Sabía que era un hampón, pero...

—No me lo expliques. ¿Quién fue el esbirro liquidado?

—Un tal Boldori.

No me sorprendió. De algún modo aguardaba la conexión. Ya he dicho que parezco un imán respecto de los embrollos.

—¿Qué tuvo que ver Boldori con Marty y contigo?

—Regresó una noche. Estaba furioso. Yo lo aguardaba despierta, en un despacho junto al salón principal de su casa de la playa. Entró con tres tipos y hablaron. Yo me había quedado dormida y estaba por salir a saludarle cuando me detuvo el tema de la charla. Era la primera vez que hablaba de negocios en esa casa, la primera vez que invitaba a sujetos vinculados al hampa.

—¿Qué fue lo que conversaron?

—Habían liquidado a Boldori y tenían que hacer desaparecer sus contactos. Acabar con una porción de la red. ¿Entiendes?

—No te imaginas cuánto. Continúa.

—Allí mismo, sin que se le alterara un pelo, Marty ordenó la ejecución de media docena de tipos. Los otros tomaban nota como si fuesen los empleados de un colmado y en vez de vidas humanas comerciaran con pasteles de zarzamora.

Hizo una pausa y bebió un trago de whisky.

—Y también hubo algo más... —añadió—. Había que liquidar a un policía. Un individuo que les estorbaba.

Una serpiente helada se instaló en mi columna vertebral.

—Un policía.

—Sí. El mismo que había intervenido en el asunto de Boldori.

—¿Recuerdas su nombre?

—Perfectamente, porque apareció dos días después en todos los periódicos.

—¿Cómo?

—El nombre del policía. Un camión le pasó por encima. Se llamaba Douglas Merck.

Douglas Merck era el inspector que me había dejado fuera del caso. El hombre que me había permitido continuar en circulación.

—¿Estás segura?

—Sí.

—¿Y tú?

—Cuando los tres tipos se marcharon, Marty me encontró en el despacho y supo que yo había escuchado toda la conversación.

—¿Cuál fue su actitud?

—Me dijo fríamente que lo sentía mucho y que yo debía morir. Su filosofía consiste en no mezclar las faldas con los negocios.

—Sí, es su estilo.

—Durante dos días permanecí encerrada en mi cuarto. Me atendían muy bien, como a una condenada a muerte. Marty se había ausentado. Tenía todo el tiempo del mundo para ocuparse de mí. Es un sádico. Lo comprendí entonces. Desperté del sueño. Suena estúpido, pero así fue.

—¿Cómo te trajeron hasta Nueva York desde California?

—Lo hice yo misma —replicó con una sonrisa triste—. Conseguí escapar o, al menos, eso fue lo que creí. Cogí mi coche una madrugada en que habían olvidado cerrar con llave la puerta de mi habitación y hui. Obviamente me siguieron, pero me dejaron llegar a Nueva York.

—¿Por qué no fuiste a la policía?

—¿Con qué pruebas? Además... ellos hablaron de que tenían una fuerte cobertura política.

—Lo de siempre —comenté, innecesariamente.

—Me dieron alcance en Nueva Jersey y utilizaron mi propio coche para traerme hasta este lugar.

—Hijos de perra... Podrían haberte matado mil veces durante el trayecto desde California.

—Sí, lo sé —reconoció con un estremecimiento—, el tipo que lideraba al grupo que me secuestró, un tal Cassidy, dijo que Marty les había dado carta blanca y que le gustaba viajar y jugar con sus presas. Luego...

—Ahórrate los detalles si lo deseas —le advertí.

—No. Me llevaron a un motel. Uno de esos tugurios que hay en un costado de las carreteras comarcales. Alquilaron un bungalow apartado y..., tuve que soportarlos... uno tras otro... a los cuatro gorilas. Me defendí, pero me golpearon y... ¡qué importa ya todo eso!

Se puso de pie y recorrió la habitación a grandes zancadas. Repentinamente se detuvo, volvió al sitio que había abandonado, se inclinó hacia mí y dijo:

—Me subieron a mi coche, me ataron con trozos de paño para no dejar huellas y pusieron dos bidones de gasolina en el maletero. Jugaban con mi terror y gozaban como dementes. Cassidy y otro de los cretinos me trajeron hasta este sitio mientras los otros dos conducían el coche en el que huirían. Fue espantoso. Me colocaron detrás del volante y empujaron el coche por el arcén hasta el acantilado. No sé muy bien cómo ocurrió, pero me encontré sentada junto a un montículo de nieve. Había conseguido salvarme de la primera explosión, pero sabía que lo peor todavía no había ocurrido. Luego...

—Conozco el resto.

—Tú...

—No sé qué piensas hacer, muñeca, pero ese policía de California era amigo mío.

Se sentó con una expresión estupefacta.

—Yo fui el responsable de la muerte de Boldori y del fin de su banda. Merck me dejó fuera para protegerme. Nos conocimos en Los Angeles y sólo compartimos una semana de trabajo. Pero era un tipo decente, algo raro en su medio.

—¿Tú...?

—Sí, una gigantesca casualidad, ¿verdad?

—Sí, una casualidad —repitió sin ninguna inflexión.

—Iré a California y cazaré a ese hijo de perra de Marty Finnegan aunque me lleve toda la vida.

—Pero... ¿por qué? Ahora creen que yo estoy muerta y tú... Ellos no conocen tu existencia.

La miré detenidamente. Estaba asustada y podía comprenderla. No había pasado buenos momentos en las últimas semanas.

—Merck. Voy a vengar a Merck.

—¡Es absurdo!

—No, no lo es para mí, muñeca. Finnegan es poderoso, maneja vidas humanas como un chacal, conoce gentes importantes y aparece

en las revistas frívolas, pero es humano. ¿Entiendes lo que quiero decir? No es inmortal ni puede resistir un balazo en la cabeza.

—Estás loco, completamente loco.

—Nada de eso, pequeña. Estoy harto de que siempre ganen ellos. En esta película yo construiré mi oportunidad. ¿Estás conmigo?

El viento estremeció los postigos de la cabaña y agitó las llamas de la chimenea, pero ni ella ni yo reparamos en su violencia. Teníamos nuestra propia batalla dentro del pecho.

CAPITULO III

Decidí aguardar un par de días antes de emprender el safari. Melina deambulaba por la cabaña como si hubiese pertenecido desde siempre a aquel ambiente estrictamente mío, personal y apartado. Era una mujer hermosa, esa clase de criaturas que parece transformarse continuamente, adoptar modalidades diferentes que resultan sorprendentes y estimulantes. Su cabello, largo y oscuro, se ondulaba cada día más, modificando la expresión de su rostro anguloso.

No habíamos vuelto a abrazarnos. Ya no sentíamos la urgencia de consolarnos por nada. Teníamos un plan y un objetivo.

—¿Estás segura de que quieres acompañarme?

—Sí.

—¿Por qué?

Se llevó las manos a la cintura, abrió las piernas, giró el torso y se inclinó hacia un lado hasta que su frente rozó su rodilla. Cuando acabó el ejercicio se pasó la lengua por los labios, respiró profundamente y dijo:

—Porque ese hijo de perra me utilizó como a una muñeca de peluche.

Roy Burnick no pudo averiguar nada más acerca de Melina y yo me cuidé muy bien de no vincular su nombre al de Finnegan. Sin embargo, escribí todo el relato de la muchacha y lo guardé en un sobre sobre el que escribí las señas de Roy.

—¿Para qué le escribes?

—Porque Roy sabrá qué hacer con esta historia. Le enviaré los detalles que podamos ir descubriendo y —de algún modo—, tendremos una cierta cobertura. Nosotros tampoco somos inmortales. ¿Recuerdas?

Yo estaba sentado junto a la chimenea y acababa de pasar la lengua por el borde engomado del sobre. Ella, vestida como Zara, con un vestido de lana, hacía girar un vaso de whisky entre sus manos finas.

De pronto se inclinó hacia mí, me arrebató el sobre y se sentó en mis rodillas. Pasó sus brazos alrededor de mi cuello y me besó la frente, las sienes y los párpados. Su perfume era delicioso y su cuerpo repartía una tibieza depredadora.

—Me alegro de estar contigo, Nicholas —murmuró quedamente en mi oído.

—¿En qué estás pensando?

Su cuerpo se estremecía y podía escuchar el latido de su sangre debajo de la piel. Sin embargo, no era sólo pasión lo que estaba afiebrándole, sino algo más, una presencia tensa en el fondo de sus gestos.

—Yo... he sido una estúpida, pero he pagado un precio muy alto. Primero Marty y luego esa pandilla de degenerados... No soy una niña, Nick.

Hablaba con el rostro hundido en mi cuello. La recosté contra el respaldo del sofá y dejé que las llamas jugaran con su rostro, dorándola para mí.

—Quiero que tú y yo...

Le cerré la boca y el pensamiento con un beso y acaricié su cuerpo turgente y hambriento. Ella había escapado a la muerte con la sensación de tener el cuerpo lleno de equivocaciones y suciedad. Ahora habíamos decidido ir en busca de una pomposa justicia individual y Melina quería hacer el amor conmigo, el tipo que la había salvado, y en mi cabaña, el reino ajeno al mundanal ruido de la violencia.

La desvestí sin prisas, diseñándole el itinerario del deseo creciente, aborto en su placer, como un guerrero que pretende borrar la memoria a golpes de comprensión y experiencia.

Desnudos y ante el fuego sentí que habíamos recorrido un paisaje muy especial juntos. Aquella sexualidad que compartíamos era un exorcismo. Se aferró a mi cuerpo como un escorpión y dejó que el mundo se esfumara a nuestro alrededor.

Mucho más tarde, dispuestos a abandonar la cabaña, su rostro había recuperado parcialmente el gesto sereno. No era obra mía exclusivamente, ya he perdido la petulancia de los años jóvenes, sino y particularmente el resultado de su propia necesidad de vivir y confiar.

Mi coche es un Porsche y el modelo corresponde a diez años atrás. Él y yo somos Gary Cooper y su caballo, una especie de unidad. Yo reconozco su olor y él agradece mi presencia tras el volante.

Llevé la maleta con mis cosas hasta el automóvil y la ayudé a sentarse en la butaca de la derecha.

—Aguárdame un instante. Cerraré la cabaña.

Entré en la casa y fui directamente hasta mi dormitorio. De detrás de la Historia del Arte de Pijoan extraje un Magnum y su funda. Siempre me gustaron los simbolismos.

Me quité la cazadora, ajusté la funda sobaquera y volví a vestirme. El bulto del arma era apenas perceptible. Luego escogí un Smith & Wesson del 38 Special, en su funda, y regresé al salón. Eché un vistazo a mi alrededor. Los rescoldos de la chimenea estaban apagados y las

luces desconectadas. Cerré la puerta de salida con doble llave y me dirigí al Porsche.

—Bien, aquí estamos, dispuestos a la guerra frontal —bromeé.

Vestida como Zara, Melina parecía una aparición de los años idos, cuando yo era un periodista astuto y Zara una aprendiz de novelista. Luego todo se fue al demonio y yo me convertí en investigador privado y ella en la mujer de un jeque occidental del petrodólar.

—¿En qué piensas? —preguntó Melina.

—En ti.

Se inclinó hacia mí y me besó en la boca durante el largo minuto que aguardé a que se calentara el motor. Luego se apartó y sonrió como una niña. Estoy convencido de que los relámpagos de felicidad hacen que toda la tristeza del mundo se convierta en una enfermedad reversible.

Encajé la primera marcha y me alejé de la cabaña.

El camino había desaparecido bajo treinta centímetros de nieve pura y fina, de modo que el viaje fue como conducir un tiovivo sobre una superficie de jalea, pero una hora después alcanzábamos la carretera secundaria, barrida por las máquinas, y una hora más tarde entrábamos en la autopista, camino de Nueva York.

Melina activó la radio y la voz de Liza Minelli llenó la atmósfera, devoró los espectros que volaban libres entre ella y yo y nos convenció, una vez más, de que la vida es un cabaret.

Saltar de Nueva York a California es como un viaje a través del meridiano diagonal más inquietante. La nieve de las botas se derrite bajo un sol satisfecho de sí mismo y la piel de camarón de los ciudadanos del invierno se transforma con tonos cobrizos y estimulantes.

Llegamos a San Francisco un día después de abandonar Nueva York. Fue un viaje silencioso. Melina actuaba como la emperatriz de un reino que sólo podía adivinar entre el horror de los hematomas y la esperanza de una indicación que no tenía demasiado internalizada.

La dejé en un pequeño hotel desde el cual se veía la silueta omnipotente del Golden Gate. Yo tenía que hacer una visita.

Hacía poco tiempo que había recorrido las calles detrás de la pista de Boldori y no podía aislarme del todo de aquellos días aciagos. Llevaba la muesca de la bala en mis costillas y —lo que es todavía peor—, la cicatriz de la violencia en mi cerebelo.

Entré en el bar cuando la noche despertaba a las criaturas más miserables. San Francisco tiene habitantes que florecen en todas las escalas del buen dólar y el barrio que yo había elegido se mide en moneda de níquel.

Había una puerta desvencijada, dos farolillos japoneses que debían su supervivencia a un milagro laico y una barra larga y estrecha en la

pared de la izquierda. Varias mesas rodeadas de sombras voluminosas se esparcían a la derecha y un entrepiso crujiente soportaba a las parejas que intentaban llegar a un acuerdo sexual tras el necesario regateo.

El barman, un chino delgado como un mimbre y de ojos demasiado amarillos como para ser un confesor de almas arrepentidas, chasqueó la lengua delante mío.

—Busco a Travis —dije con mi voz más dura.

El chino no se mosqueó. Era un superviviente y lo sabía. Había demasiadas ratas en su biografía como para sentirse impresionado por mi tono.

—Demasiado tarde, amigo. ¿Qué bebe?

—Una cerveza.

Se alejó y regresó con una botella pequeña. La abrió con un golpe seco y dejó que la espuma desbordara el borde del vaso ordinario.

—¿Qué sucedió con Travis?

—Apareció flotando en la bahía. Era un soplón.

—Y tú eres un chico derecho, ¿verdad?

Meneó la cabeza y se pasó la lengua por los dientes largos y afilados.

—¿Cuál es tu precio, chico?

—Lárguese, hombre. Ha habido demasiados problemas. Bébase la cerveza. La casa invita.

Roy me había dicho una vez que aquel cafetín de mala muerte era como el termómetro de San Francisco. Travis no existía, sólo el código para que un barman adoctrinado informara al forastero del estado de sensibilidad criminal de la ciudad. Ahora conocía la respuesta. El operativo Boldori más las represalias de Marty Finnegan habían puesto en pie de guerra el ambiente del hampa.

—¿Ocurre algo, Dave?

La voz provenía de una laringe comprimida en un cuello de toro. El toro vestía con una americana a grandes cuadros blancos y negros y ostentaba un vientre cervecero que ocultaba su condición de ex boxeador.

—Nada. El caballero se retira —dijo el barman.

—No sin beber mi cerveza —dije.

—Márchese, no se busque problemas —me aconsejó el barman sin demasiada convicción.

—Beba su cerveza y largo de aquí —añadió King Kong.

—A Finnegan le gustará saber que no he sido bien recibido en este maldito tugurio.

Dave y el matón cruzaron una mirada de inteligencia.

—Ya está bien. No conocemos al tal Finnegan. Elige, hijito: o te vas por tu propio pie o te doy...

Era suficiente. Me volví hacia el matón y le hundí el puño derecho en el plexo. No se dobló, pero abrió la boca en busca de oxígeno y yo reventé mi izquierda sobre su nariz achatada de peso pesado en situación de retiro.

Se tambaleó hacia atrás, chocó contra el borde de la barra y apoyó los codos sobre la superficie lustrosa. Parecía sorprendido, pero no podía verme con claridad. Lo cogí del cabello color zanahoria y le golpeé en el cuello. Sus mejillas de bulldog se pusieron moradas,

Los ojos se fugaron detrás de los párpados y cayó sentado envuelto en un sonido gutural.

El barman saltó de detrás de la barra provisto de una barra de acero. Tenía un cuerpo delgado y duro. Lo miré como un encantador de serpientes a una cobra díscola.

—Vamos... pequeñín, trata de ser razonable... —dije con una media sonrisa, atento a sus evoluciones.

Una barra de acero en las manos de un experto es un arma terrible, y aquel tipejo parecía conocer el arte samurai.

Describió un arco ante mis ojos con la barra estirada ante el rostro y yo retrocedí.

—Hay testigos, muñeco —dije, abarcando a los parroquianos del bar con un levísimo gesto de mi mano.

—Tú lo has querido, idiota —bramó el mimbre armado.

Me lanzó un golpe vertical que podría haberme convertido en dos mitades hemisféricas y poco atractivas.

El golpe terminó contra el suelo y produjo el mismo estallido que una granada de mano.

Yo salté a un costado para evitar convertirme en un siamés de mí mismo y me aparté del buen Dave.

—Tranquilízate —dije, con los músculos tensos y una sonrisa helada entre mis labios.

—A Finnegan no le gustan los curiosos, forastero.

La palabra forastero me hubiese hecho reír en otra ocasión, pero en ese momento parecía apropiada.

Metí la mano debajo de mi cazadora y saqué el Magnum. El barman miró el cañón oscuro y me lanzó un garrotazo.

Aparté la cabeza y me agaché. La barra estalló contra el borde de la barra y yo aproveché para hundirle el cañón del revólver entre las piernas.

Todo su cuerpo se encogió como un acordeón. Junto los codos sobre el vientre, soltó la barra de hierro y unió las rodillas en un retardado gesto defensivo. Su rostro se puso lívido y un espumarajo blanquecino escapó de su boca apretada.

Con la izquierda lo toqué delicadamente en la mandíbula. Fue un jab corto y preciso que lo dejó fuera de combate. No quería lastimarlo,

sólo pretendía alcanzarlo con un toque terapéutico para ahorrarle el dolor de testículos.

King Kong rebuznaba sentado en el suelo. Sólo le faltaba un plátano gigante para ser el afiche publicitario de un safari por el África Central.

Lo ayudé a ponerse en pie y apoyé el cañón de Magnum debajo de su nariz.

Estuvo a punto de quedarse bizco, pero lo superó con un graznido.

—Dile a Finnegan que Douglas Merck no ha muerto. ¿Me has comprendido?

Asintió con dificultad.

—Repite el mensaje, gorila.

—Doug... Douglas Merck... Que no ha muerto, no ha muerto —dijo en un murmullo.

Introduje la mano izquierda debajo de su americana a cuadros y la recuperé junto con una 45 de cachas de nácar.

Sonreí, guardé la 45 en mi cintura y abarqué a la audiencia con el Magnum.

—Lo siento —dije—, el espectáculo ha terminado.

CAPITULO IV

Caminé durante cinco minutos, ascendí por una calleja estrecha y húmeda, pasé junto a un almacén de pescados que olía como la sentina de un barco pirata y cogí un taxi.

Diez minutos más tarde me apeaba junto a un cine. Pagué la entrada y entré en la sala oscura. Descubrí a Melina cuando Lauren Bacall pedía cerillas a Bogart. Una vez leí que esa escena debió ser repetida una docena de veces porque la Bacall no conseguía controlarse ante la presencia de Boogie.

—¿Qué has hecho?

—Levantar la perdiz.

—Vamos, dime qué ocurrió.

—Di un pequeño grito de alarma. En este momento el amigo Finnegan estará haciéndose más preguntas de las que puede responder.

—¿Y eso es bueno?

—Ya lo creo. El ignora quién ha llegado a San Francisco para crearle problemas, y no está acostumbrado a que los hilos escapen de sus manos.

Alguien a nuestra espalda nos conminó violentamente a que cerráramos el pico. Indiqué a Melina que guardara silencio y le pasé un brazo por los hombros. La sentí tensa y con el cerebro en ebullición, pero mi explicación podía esperar. Ella todavía ignoraba cuál era mi plan.

Salimos del cine con la sensación de que existen películas incomparables y nos dirigimos hacia la playa de aparcamientos donde nos aguardaba el Porsche. Subimos en silencio y conduje muy despacio hasta las afueras de la ciudad.

—¿Vas a confiar en mí, Nick?

—Confío en ti, princesa.

—Entonces dime cómo vamos a actuar.

—Yo lo haré, no tú.

—He venido a ayudarte.

—Y lo harás, pero sólo proporcionándome información. De nada serviría que te atraparan. Finnegan te conoce y también sus matones. A mí no. ¿Te gustaría caer otra vez en manos de Cassidy?

Se estremeció.

—¿Lo ves? Déjame hacerlo a mi manera.

Detuve el automóvil ante un edificio sobrio, de siete pisos, con un jardincillo descuidado al frente y pocas luces en sus ventanas.

—¿Quién vive aquí?

—Tú.

—¿Yo?

—Un amigo me cede un departamento cuando vengo a San Francisco. Es un sitio apartado y seguro. Desde todas las ventanas se ve el mar y tiene la alacena llena. Te aseguro que lo disfrutarás.

—¿Y tú?

—¿Cómo se llama ese sitio al que te llevó Finnegan durante los primeros tiempos de vuestro amor?

No pretendía ser sarcástico, pero no podía acostumbrarme a la idea de que ella y el reptil podían haber funcionado juntos.

Bajó la mirada antes de responder.

—Courtney Pleasure —dijo con voz helada.

—Lo siento, Melina.

—Está bien. Tienes derecho a despreciarme.

—No exageres. He dicho que lo siento.

Bajé del coche, le abrí la puerta y recogí la maleta.

Subimos hasta el ático en un ascensor que profería toda clase de sonidos desalentadores. Era un piso cómodo, amueblado con sobriedad y con una vista fantástica a la próxima ciudad de San Francisco.

—Sirve una copa, muñeca. Yo desempacaré.

Vino al dormitorio con el whisky y se quedó mirándome mientras acomodaba la ropa en el ropero.

El Magnum parecía un cañón en la funda sobaquera y ella lo miró inexpresivamente. Me había quitado la cazadora y estaba controlando la carga de la 45 que le arrebatara al yeti de la americana a cuadros. Mi aspecto no era el de un párvulo, pero no me gusta parecer un kamikaze.

—Voy a meterle miedo —dije—, eso es todo.

—¿A Finnegan? —se sonrió.

—Eso es, a Finnegan. Tiene una red interesante que maneja desde hace años. No pude llegar hasta él a través de Boldori. ¿Sabes por qué?

—Lo imagino. Nadie deseaba hablar.

—Exacto. Pero ahora tú conoces algunos puntos y yo tengo experiencia en este tipo de trabajo. Todo lo que necesitaba era un motivo para comenzar la caza. El propio Finnegan me lo ha proporcionado. Nunca debió matar a Douglas Merck.

—Entiendo —dijo con tono apagado.

—No debió atentar contra tu vida y menos valerse de esa horda de

desalmados añadí, a sabiendas de que se había sentido excluida.

—No tienes que hacerlo por mí, Nicholas.

—No, no será por ti. Descuida.

Bebimos durante varios minutos. Eran las doce, la medianoche, cuando decidí iniciar el segundo paso.

—Courtney Pleasure parece el lugar apropiado. Quiero averiguarlo y no hay mejor modo de hacerlo, que alquilando un bungalow durante algunos días. Quiero que te quedes aquí y no te muevas. Puedo necesitarte. ¿De acuerdo?

—Sí.

—¿Sabes usar un arma?

—No...

—Ven aquí.

Se acercó cautelosamente, como si yo tuviese una serpiente entre mis manos. Le mostré la 45 y le expliqué de qué modo funcionaba.

—Cógela. Acostúmbrate a su peso. Cárgala y descárgala, pero recuerda..., cuando dispaes sostenía con las dos manos o te romperás la nariz. ¿Has entendido?

—No sé si podré disparar contra...

No la dejé terminar la frase.

—Tonterías. Sólo tienes que pensar en el buen Cassidy babeando sobre tu cuerpo inerte y verás cómo aprietas el gatillo.

—¡Eres un bastardo! —aulló, apuntándome con el arma.

—¿Lo ves? —sonreí—. Ya estás preparada.

Ajusté la pistolera del Smith & Wesson a mi cintura, me puse la cazadora y salí del departamento sin dirigirle la palabra. No soy muy diplomático y con los años pierdo mis mejores costumbres, pero ella necesitaba una imagen fea para comprender que apretar un gatillo sólo es una cuestión de valores. Depende de las circunstancias y nadie sabe de lo que es capaz cuando esas circunstancias se presentan.

Afuera, la noche parecía muda.

Una brisa fresca llegaba del océano y barría el perfume de las colinas. Subí al Porsche y me dirigí directamente hacia Courtney Pleasure.

Crucé San Francisco y enfilé hacia el este antes de torcer nuevamente hacia el sur en busca de la urbanización.

Courtney Pleasure es un sitio muy especial. Observé su arquitectura y disposición desde el camino de la colina, antes de descender hasta la playa. Era un predio amplio, rodeado por una alambrada de tres metros y custodiada en el portón de acceso por dos guardias de aspecto inquietante.

Una docena de bungalows de líneas sencillas, estucados y salpicados de buganvillas se abrían como una mano, en arco, frente al mar. La playa era privada, pero para aquellos privilegiados que no deseaban

salarse la piel, había una gran piscina en forma de paleta de pintor que esperaba como lugar común entre los bungalows. En el extremo, como si fuese la palma de esa mano abierta, y reparando el predio de los vientos del norte, se alzaba el hotel de ocho pisos. Finnegan lo hacía todo a lo grande.

Detuve el Porsche ante el portón y uno de los guardias se acercó solícito. Tenía una expresión amable y la sonrisa estampada en los labios como un estandarte. Vestía con pantalón blanco, camisa azul, mocasines de cuero blancos y gorra con visera de capitán de fragata. En el cinturón ostentaba una pistolera descubierta.

—Buenas noches —saludé

—Buenas noches, señor.

—Estoy buscando un sitio donde disfrutar de una semana de vacaciones. Necesito discreción y seguridad. Un amigo de Nueva York me habló de esta urbanización.

—¿Tiene hecha la reserva?

—No, pero confío que en esta época del año haya un hueco para mí. Soy un sujeto muy adaptable.

Sonreí como un viajante de comercio y el guardia creyó que yo era del tipo de los tontos con pasta y delirios de grandeza.

—Un momento, señor.

Hizo una breve llamada telefónica y abrió el portón.

—Que disfrute de sus vacaciones, señor —dijo cuando pasé a su lado.

El otro guardia, desde la caseta de vigilancia, me observaba con aire profesional. En las manos sostenía un M-16 y parecía conocer perfectamente el modo de utilizarlo.

Recorrí el sendero entre los jardines y detuve el automóvil ante la puerta del hotel. Un camarero elegante como un dandy me aguardaba para hacerse cargo de mi maleta.

—No traigo ninguna maleta, hijo. Compraré lo que necesite en el hotel, aunque mi intención es la de permanecer el mayor tiempo posible enfundado en mi traje de baño y sólo quitármelo para eso que tú sabes.

Acompañé mi frase genial con una carcajada cómplice que el camarero retribuyó con energía.

Mi habitación se hallaba en el cuarto piso del hotel. Todos los bungalows estaban ocupados por sus propietarios y el hotel funcionaba a la mitad de su capacidad. Había unas doscientas habitaciones ocupadas y todo el mundo parecía encantado con la atención que recibía porque las carcajadas resonaban por doquier. En el vestíbulo me crucé con un grupo de muchachas preciosas que parecían Amazonas sexuales en busca del reino perdido. Les sonreí y me devolvieron la delicadeza con una amplia gama de guiños y gestos

insinuantes.

El camarero me abrió la puerta y amplió su sonrisa cuando le entregué el billete de veinte dólares.

—No quiero que me molesten, chico. He de estar en forma por la mañana.

Le guiñé un ojo y cerré la puerta.

Aguardé tres minutos, durante los cuales inspeccioné la habitación. Era una antesala pequeña, un dormitorio, un baño completo y un balcón semicircular abierto al sur. La vista era magnífica, pero yo tenía otras aspiraciones además de gozar del paisaje.

Abrí la puerta y la cerré nuevamente antes de correr por el pasillo hasta la escalera. No había nadie en las inmediaciones. Comencé a subir con cautela, deteniéndome en cada planta para comprobar que no sería sorprendido por el servicio de seguridad.

Melina me había dicho que Finnegan ocupaba la mitad de la octava planta. La otra mitad era un magnífico jardín de invierno donde el hampón organizaba reuniones sociales de gran repercusión en el ambiente más sofisticado de la costa oeste.

Cuando llegué al séptimo descansillo me detuve. Saqué el Magnum de la pistola y comencé a subir uno a uno los escalones del último tramo de escalera. Estaba por llegar al recodo cuando escuché una voz.

—Ya era hora, Duke. Estaba hambriento.

Una colilla pasó rozándome la oreja derecha y se perdió en el hueco de las escaleras.

—¿Todo tranquilo? —preguntó otra voz.

—Sí, hombre, como siempre. Todo está muy calmado cuando el jefe se halla fuera de la ciudad.

El llamado Duke lanzó una sonrisita como el siseo de una víbora.

—Mañana comenzará el verdadero trabajo. El jefe ha hecho una nueva conquista.

En la pared vi la sombra chinesca de un gesto obsceno que decía a las claras lo que Finnegan hacía con su nueva conquista cuando cerraban la puerta del dormitorio.

Las carcajadas rubricaron la obscenidad y un portazo dejó solo a Duke.

No podía llegar hasta la última planta sin alertar a los matones y no deseaba publicidad todavía.

Regresé a la séptima planta y elegí la puerta más alejada de los ascensores y la escalera. Contuve la respiración y procedí a abrirla con mi plastificada licencia de investigador privado.

La puerta se abrió sin un solo ruido y entré a una antesala idéntica a la mía. Desde el dormitorio me llegó el sonido de una batalla de cuerpos desnudos y jadeos armónicos. Eché un vistazo y vi dos

sombras anudadas y estremecidas. Me dirigí a la pequeña ventana de la antesala, la abrí y observé la comisa y el vacío de treinta metros que se abría a mis pies. Me encaramé a la comisa y entorné la ventana. Respiré profundamente y me deslicé hacia la derecha, hacia la zona cubierta por la enredadera parásita que pendía del jardín de invierno de Finnegan.

Una red de alambre y grandes clavos servía de soporte a la enredadera y orientaba su crecimiento. Inspeccioné la resistencia de los clavos y comencé a trepar hacia la terraza de la octava planta.

Fue un ejercicio lento y complicado porque las ramas tenían pequeñas espinas y yo estoy muy lejos de ser un contorsionista de físico estilizado. Finalmente llegué a la terraza y salté al extremo descubierto del jardín de invierno.

Crucé la terraza, abrí las puertas vidrieras del invernadero y atravesé rápidamente la espaciosa estancia atestada de perfumes y sombras vegetales.

La pared acristalada del invernadero era una de las paredes del salón del piso de Finnegan. Adentro todo era oscuridad. Abrí una puerta y entré en el salón.

Escuché el sonido de voces ásperas y pegué la oreja a una puerta para descubrir quienes era sus propietarios. Al cabo de un minuto supe que se trataba de tres sujetos que jugaban al póker. Los custodios del bastión de Finnegan. Pobres custodios para el carnicero.

Registré a conciencia el salón y los cuatro dormitorios principales. Hallé todo tan limpio como la sonrisa de un bebé.

Finnegan no deseaba guardar nada comprometedor en aquel sitio. Y yo tampoco esperaba otra cosa. Mi idea era introducir en su cerebro el veneno de la inseguridad y para hacerlo no necesitaba más que un bolígrafo y un trozo de papel.

En la almohada del dormitorio principal dejé la nota. En ella escribí con grandes letras de imprenta y con la mano sin apoyo: «Douglas Merck no ha muerto. Créelo bastardo.»

Inspeccioné nuevamente el piso y registré mentalmente la disposición de las dependencias por si era necesario un nuevo reconocimiento. Luego regresé al invernadero y me descolgué nuevamente hasta la comisa.

La ventana de la antecámara continuaba abierta y me deslicé dentro de la habitación ajena sin un sólo sonido. Caí como un gato sobre la moqueta y aguardé un instante. Del dormitorio me llegó una risa cristalina y luego el comentario erótico del hombre. A la muchacha pareció gustarle la idea del varón porque la cama comenzó a crujiir como un carretón en el camino de Missouri.

Abrí la puerta, eché un vistazo al pasillo y salí como un ladrón. Un ladrón de intimidades ajenas.

Entré en mi propia habitación, me duché y me metí en la cama. Por esa noche había terminado mi tarea.

Soñé con un coche envuelto en llamas, una sonrisa helada y los gemidos de una pareja de amantes sombríos. Me desperté bañado en sudor. Bebí un vaso de agua helada y regresé a la cama.

Cuando volví a despertar el sol bañaba el balcón y caía en trozos sobre la cama.

CAPITULO V

Junto a la piscina, el arquitecto principal de Courtnay Pleasure había decidido volcar sus influencias mayas. Había terrazas escalonadas con parterres silvestres, senderos minúsculos flanqueados por setos bajos y fuentes con ídolos centroamericanos de cuyas fauces descarnadas brotaban chorros de agua. El efecto resultaba refrescante, aunque el estilo no aparecería en las mejores revistas sobre el tema.

Ataviado con mi bañador elástico, descalzo y con una cajetilla de cigarrillos por única compañía, descendí hasta el vestíbulo del hotel, lo crucé diagonalmente ante la mirada especulativa de algunas divas voraces y me encaminé hacia la piscina. Descendí bajo el sol hasta una terraza estrecha y solitaria desde la cual podía observar a gusto la fauna dorada.

Había mujeres cuarentonas estupendamente cuidadas por las manos de masajistas de lujo, niñas que comenzaban a florecer de un modo alarmante, caballeros maduros con ese aire deportivo que nos irrita en las páginas de las publicaciones turísticas y señores más maduros todavía, con los cabellos largos y disciplinados sobre las sienes patricias, y había también algo más, un tufillo característico a dinero mal habido.

El guardavidas tenía el mismo físico que Hércules y una sonrisa mejorada por la ortodoncia. Luda los bíceps del mismo modo en que Rita la Salvaje bamboleaba los pechos en la noche de Tijuana.

Junto al guardavidas había dos tipos y uno de ellos hablaba con la misma voz que el invisible Duke que custodiaba el piso de Finnegan. El tal Duke era más bajo que yo, no mucho, pero sí lo suficiente como para que yo pudiese ver la tonsura que se abría en su coronilla de buey. Era ancho y duro como un muro de piedra y parecía conocer su oficio de custodio. Vestía con pantalones blancos y alpargatas del mismo color. Llevaba el torso desnudo y paseaba su mirada hambrienta por la carne femenina. Yo jamás le hubiese devuelto una sonrisa, pero debo reconocer que tampoco soy una señorita con experiencia. Varias lagartas, por el contrario, se pasaron la lengua por los labios y entornaron los ojos ante la invitación del matón.

Estoy seguro de que Duke estimaba en su verdadero valor aquel trabajo que se había agendado con Finnegan. Dinero, whisky y sexo abierto y solar, un verdadero poema para un luchador de su especie.

El guardavidas escuchaba atentamente lo que le decía Duke y todos parecían muy preocupados. Un chico apareció presuroso y murmuró algo en el oído de Duke que salió disparado tras él, olvidado de sus conquistas matinales.

Me recosté de cara al sol. Finnegan había llegado y leído mi mensaje de la noche anterior.

Una sombra cubrió la luminosidad de mis párpados cerrados. Vi dos piernas abiertas y bien torneadas que anticipaban un tanga amarillo y mínimo. Lo que adiviné debajo de la prenda me obligó a sonreír. Me senté y acabé mi exploración de la pájara. Tenía dos senos pretenciosos y erectos que apuntaban ligeramente hacia afuera debido a su volumen.

El rostro era invitante, lujurioso y hablaba claramente del oficio de su propietaria. No era una furcia callejera, pero conocía de la vida tanto como La Sarracena de mi lejana juventud.

—Hola —saludó—, ¿Estás solo?

—He venido solo —repliqué.

—¿No te aburres?

—Sólo me aburren las preguntas sencillas.

Me observó especulativamente y, aparentemente, el examen me favoreció. Tenía una dentadura afilada debajo de la sonrisa.

Se acuclilló delante mío y me regaló una perspectiva fascinante de sus senos. Estiré una mano y pasé el dorso de los dedos por la piel tensa y tibia, junto al elástico del sostén.

Ella se conmovió y no supe si su temblor era natural u ortopédico. En todo caso no tenía intención de convertirla en la madre de mis pobres hijos, de modo que opté por dejar la mano en aquel sitio y mostrarme interesado por su oferta.

—¿Una copa?

—Champagne —dijo de inmediato.

—¿No crees que es un poco temprano, ricura?

—No en un sitio como éste, encanto —replicó más segura de sí misma—. Aquí has de comportarte como los demás.

—Instrúyeme.

Se inclinó hacia mí, obligándome a apretar sus senos, y me besó ligeramente en la comisura de los labios. Olía a jazmines.

Llamé al camarero y le pedí una botella de Moët Chandon.

Cuando el hombre regresó con el cubo plateado le firmé la nota y serví un par de copas. Ella apenas si mojó los labios.

—Bien, dime qué puede hacer un chico del Este en este paraíso tropical.

—¿Tú qué crees? —preguntó pasando una larga uña negra de esmalte por el centro geográfico de mi pecho y deteniéndose en el ombligo.

—¿Todo el tiempo? —bromeé.

—Si tú lo resistes, yo también, forastero —sonrió.

Yo acabé con la botella y ella sólo se humedeció los labios en tres oportunidades. —Voy a nadar —dije.

Estaba por incorporarme cuando detecté un cambio significativo en la expresión de su rostro.

Seguí la dirección de su mirada y vi al hombre.

Era alto, musculoso, estupendamente conservado para sus cincuenta años y exudaba una atmósfera de poder y fuerza que hacía sonreír a las muchachas y suspirar a los caballeretes. Vestía una bata de toalla amarilla y lo escoltaban dos antropoides. Uno de ellos era Duke.

Pasó a mi lado y sostuve su mirada indiferente. Detecté en ella un brillo que ya conocía: el brillo de la impunidad. Hubo algunos individuos que procuraron saludarlos, pero una mirada de los matones los desanimó. No había ninguna grosería en ellos, sólo firmeza y crueldad.

—¿Quién es, muñeca?

—El jefe —dijo.

—¿Tu jefe?

Sin apartar la mirada de la espalda del hombre, movió la cabeza de derecha a izquierda como si quisiera rechazar una idea que sólo ella conocía.

—No —dijo quedamente—, el jefe de este sitio y de gran parte de la ciudad.

—¡Bah! —le lancé torpemente.

—Será mejor que me creas, encanto. Marty Finnegan es alguien muy importante. No sabes cuánto.

—¿Le conoces... íntimamente?

—Nada importante —replicó con desconsuelo—. Sólo he subido a su ático cuando le falló una de sus muñecas de lujo.

—¿Y....? la alenté.

—¿Qué te ocurre? ¿Acaso eres uno de esos tíos que se excitan con los detalles eróticos? —Vamos, no te comportes como una costurera. Yo también puedo contarte alguna que otra cosilla.

Mi voz sonó tan desagradable como me había propuesto.

—Es todo un hombre —dijo con orgullo—, y es muy poderoso. Me dio mil dólares por una sola noche.

—Yo soy un hombre pobre —dije.

Lanzó una carcajada y se puso de pie.

—A ti te haré un precio especial, me gustas. Ven, vamos a nadar.

Corrimos hacia la playa, atravesando la línea de bungalows y nos zambullimos en las olas imponentes del Pacífico.

A un centenar de metros de la orilla había una plancha de madera anclada al fondo del mar. La muchacha nadó a su alrededor y se

detuvo al otro lado, oculta a las miradas que podían lanzarnos desde tierra.

—¿Lo has hecho así, en el agua? —preguntó invitante.

No respondí. Ella lo hizo todo, entre risas y movimientos espasmódicos, sostenida a la plancha con los brazos en cruz, en una placentera inmolación que mereció plenamente el precio de aquella botella de champagne.

Se encabritó repentinamente, aferrada a mi cuello, y la sentí estremecerse en largos gemidos que retumbaban sobre la espuma de las olas. Por fin, los dos nos relajamos batidos por el ritmo de la corriente.

—Ese Finnegan es un imbécil si te ha quitado de su agenda —dije a modo de elogio.

—Ayúdame con el bañador, encanto. A propósito... ¿Cómo te llamas?

—Cooper, Nick Cooper. ¿Y tú?

—Lorna. Sólo Lorna.

En cuando le hube abrochado el sostén se sumergió, nadó por debajo de la plancha, reapareció del otro lado y se lanzó en un crawl impecable hacia la costa. Llegamos a un centenar de metros del área más poblada de la playa.

Pero no estábamos solos.

Dos tipos aguardaban nuestra aparición, y uno de los tipos era Duke.

Lorna los vio por entre las gudejas de cabellos húmedos y pegado a su rostro sonriente... y dejó de sonreír. La mueca se plastificó en su rostro como un reflejo de lo que pensó entonces. Un pensamiento horrible a juzgar por el rictus que rompió la armonía de sus rasgos.

—Muñeca..., muñequita... —siseó Duke, sonriendo sin alegría, como una momia helada—, te hemos dicho que Courtney Pleasure no es lugar adecuado para que ejerzas tu oficio de zorra. ¿Lo recuerdas?

—No molesto a nadie... Yo... he pagado el alquiler de todo el mes y...

—Has sido suficientemente compensada, nena. ¿Mil dólares?

La voz era como una sierra oxidada y las palabras sonaban como la escoria de esa sierra. —Sí, pero...

—Ven con nosotros, furcia. Y usted, amigo, será mejor que regrese al hotel y se olvide del pimpollo.

—No.

Pude apreciar la transformación de su rictus helado en una sonrisa, una verdadera sonrisa de estupefacción.

—Amigo, regrese al hotel. Siga mi consejo y podrá dorar sus músculos al sol.

Esta vez la frase dura provenía del otro matón. Era un tipo delgado,

blanco como la leche pasteurizada y fibroso como el cuero sin curtir. Tenía un ojo más pálido, como si una nube impidiera observar lo que almacenaba en su sucio cerebro.

—La señorita está conmigo. Es mi invitada.

En realidad, yo debería haber evitado el encuentro que se avecinaba con los matones y continuar con mi plan. Pero... ¿de qué me servía vengar a una muchacha a costa de la salud de otra? En mi opinión, Doug Merck, el policía liquidado por Finnegan, estaría de acuerdo conmigo.

Los vi tensos y Duke cerró sus puños de obrero metalúrgico hasta convertirlos en dos palas de acero.

Hundí el pie derecho en la arena, sujeté a Lorna por un brazo y la obligué a retroceder hasta situarla a mi espalda. El matón del ojo nuboso fue el primero en tomar la iniciativa. Dio un paso hacia mí y yo le arrojé al rostro una buena porción de la fina y tibia arena californiana. Cuando mi pie descendió, giré la cintura y le hundí el puño derecho en el plexo. El plexo es una buena zona en los tipos delgados. Los corta en dos mitades y ninguna de ellas puede respirar.

Duke ya estaba encima mío, pero yo lo esperaba. Soy un individuo sereno, mido poco más de un metro con ochenta y cinco centímetros y tengo el físico de los jugadores de rugby veteranos, sólo que no he podido engordar debido a mi precaria alimentación. Conozco muchos trucos que me han ayudado en las peleas más sucias y en mis tiempos conseguí el título de campeón de box en la infantería de marina.

Duke armó una guardia precaria, basada fundamentalmente en la seguridad que se tenía. Y ese fue su error. Mi puño izquierdo lo tocó con fuerza el mentón y él hundió la cabeza entre los hombros. Para conseguirlo abrió los codos y mi puñetazo entró como un ariete en su pecho, a la altura del corazón. Abrió la boca y los puños, los dedos se crisparon y retrocedió para recuperar el equilibrio y la confianza. Ese fue su segundo error.

Salté hacia él y le lancé un puntapié frontal, con los dedos del pie derecho encogidos. Lo toqué debajo de la nariz y le reventé el tabique. Esta vez, retrocedió a los saltitos, como un epiléptico en el inicio de un ataque. Cayó sentado y luego se deslizó hasta quedar de costado.

Todo había transcurrido en un par de segundos, de modo que el niño de la nube en la pupila no había tenido tiempo de recuperar el oxígeno que había huido de sus pulmones. Pero había ganado tiempo. Continuaba con el rostro púrpura, la boca abierta y sostenía una pistola en la mano izquierda. La levantó serenamente y me apuntó directamente al estómago.

Trató de hablar, pero no lo consiguió. Miró brevemente hacia la derecha, en dirección a la playa muy poblada, a unos cien metros de distancia y sopesó las posibilidades de que sus disparos no se

escucharan.

Yo supe que iba a disparar y estaba saltando sobre él cuando Lorna se arrojó desde un costado, rodó por la arena y lo golpeó en las rodillas. No hubiese conseguido un contrato con los ases del foot-ball americano, pero me salvó la vida.

Le quité la pistola de la mano y en el episodio le rompí el dedo índice, histéricamente doblado sobre el gatillo.

Levanté la mano izquierda y con el canto le propiné un seco hachazo en su nuca arrugada.

—¡Cristo Santo! —exclamó Lorna, embadurnada de arena como una croqueta de curvas apetitosas.

—Olvídate de este lugar, preciosa. Ve a buscar tu bolso y lárgate cuanto antes. Cambia de ciudad y elige mejor tus cotos de caza. Finnegan no se anda con vueltas.

—¿Crees que...?

—¡Al diablo contigo! ¡Vete de una maldita vez! Estos tipos se recuperarán en unos minutos y te buscarán para pasar un buen rato. ¿Te apetece la idea?

Esta frase estaba dando excelentes resultados porque Lorna echó un vistazo precavido a los dos matones, miró el arma que yo sostenía entre mis dedos y se alejó trotando en dirección al hotel.

Ni siquiera se dignó saludarle.

Al cabo de quince minutos escondí la pistola en la arena y me encaminé hacia Courtnay Pleasure.

Había tenido suerte, pero ahora mi presencia no sería grata en la ciudad de Finnegan. Sin embargo, no creí que intentaran nada en el hotel. Fue un error.

Crucé el patio de la piscina y ofrecí mi mejor perfil a un grupo de muñecas tonificadas por esa mezcla de juventud, sol y desenfado que caracteriza la costa oeste. Entré en el vestíbulo del hotel, pedí mi llave al muchacho de recepción y subí en el ascensor.

Una mujer entrada en carnes y brillantes de crema solar me dedicó un mohín a espaldas de su marido. Yo, obviamente, permanecí inmutable.

Entré en mi habitación y llamé por teléfono a Melina.

—¿Quién es? —preguntó con voz de sueño profundo.

—Peter Pan.

—¡Nick!

—Así está mejor. El amigo ha llegado a su fortín, pero he tenido un encuentro con un par de sus esbirros. Iré a verte en una hora y cambiaremos los planes.

—¿Nick?

—Dime.

—Te extraño mucho.

Miré el auricular como un estudiante de arquitectura japonés observa las torres impresionantes de la Sagrada Familia de Barcelona. Así de estupefacto.

Cuando dejé el auricular en la horquilla me dije que Melina Boyer era una criatura llena de sorpresas. Y pensé en Zara. Y no me dolió recordarla..., a Zara quiero decir.

Me duché y me vestí. Enfundé el Magnum en su sitio, bajo mi axila izquierda y estaba haciendo otro tanto con el 38 cuando golpearon la puerta.

Me incliné, levanté el extremo de la alfombra y dejé allí, junto al zócalo, el Smith & Wesson desenfundado.

—¿Sí?

—Servicio del hotel, señor Cooper.

—No he pedido nada.

—Gentileza de la gerencia, señor Cooper.

—Déjela junto a la puerta, por favor. Ya la recogeré...

La puerta se abrió de golpe. Alguien tenía la llave maestra y la utilizó mientras yo ocultaba el revólver.

El tipo que me encañonó olía a lavanda. Su aspecto era agradable, pero comprendí que no tenía corazón. Llevaba una 45 niquelada que refulgía como la dentadura de Mae West.

—Contra la pared. Los brazos abiertos. Sin tonterías —dijo con una voz neutra.

Obedecí porque reconozco a los profesionales allí donde los encuentro y, además, porque el muñeco que lo acompañaba ostentaba un arma con silenciador.

Una mano me palpó rápida y eficientemente y se hizo con el Magnum.

—¿Quién eres? —preguntó el de la 45.

—Un turista.

Me dio un golpe en los riñones y dejó el puño hundido en las suprarrenales para evitar que me deslizara hasta el suelo.

—Las manos arriba, chico listo. ¿Quién eres?

—¿Qué ocurre? ¿Está prohibido portar armas?

Volvió a golpearme, esta vez con la rodilla, desde atrás y en un sitio poco adecuado. Una llama hirviente me trepó la columna vertebral y explotó a la altura de las cervicales. Las rodillas se me doblaron y me golpeé la frente contra la pared. Cerré las piernas y busqué alivio en el oxígeno que no podía aspirar. Fue inútil, el dolor era espantoso.

Una mano me dio la vuelta y vi el rostro del profesional muy cerca del mío.

Levantó la mano con la 45 y me atizó en el cuello. Caí hacia atrás, choqué contra la pared y quedé sentado sobre la alfombra.

El sujeto del arma con silenciador había cerrado la puerta y estaba

apoyado contra ella sosteniendo su artillería como un crucifijo delante del rostro. Parecía un cartel publicitario del último filme de James Bond.

—Levántate —dijo el de la 45.

Apoyé las manos a los costados del cuerpo y con la derecha toqué el Smith & Wesson por encima de la alfombra.

Incliné el cuerpo hacia la izquierda y luego hacia la derecha, aparatosamente, con la obcecada aplicación de los borrachos. O de los apaleados.

—Está bien, no soy un héroe —admití—. Voy a contestar todas las preguntas.

El muñeco del silenciador continuaba en la misma posición, contra la puerta. El profesional de la 45 sonrió como si descubriera el gesto y dio un paso hacia atrás. No tenía un rostro agradable y no parecía importarle.

—Es tarde, compañero —dijo con una mueca que le torció los labios hacia un costado, como le ocurre a los hemipléjicos—. ¡Levántate!

Comprendí que era mi momento. No porque fuese el más adecuado para intentar algo, sino porque no tendría otra oportunidad.

—¿Por qué? —pregunté con un hilo de voz, girando hacia la derecha para ponerme de pie.

—Al señor Finnegan no le gustan las molestias, amigo —replicó el niño del silenciador—. Sabemos quién eres. Fue una torpeza pelearte por esa furcia. Duke vivió en Nueva York y te conoce. ¿Comprendes ahora?

Fue una sencilla explicación. Mi plan no había sido brillante, pero no se me había ocurrido que aquel matón podía recordar mi rostro. En Nueva York había tenido algunas actuaciones muy publicitadas. Mi idea no había incluido aquella pelea en la playa, pero no pude evitarla y, además, quería que las cosas comenzaran a moverse. Sólo que no tan rápido y tampoco tan expeditivamente. Finnegan tenía mucho que defender y ya había comenzado a matar hacía demasiado tiempo como para que un incómodo investigador privado de Nueva York pudiese incordiarlo.

Giré el cuerpo, les di momentáneamente la espalda mientras adoptaba una posición con rodillas y manos en el suelo, buscando la pared para incorporarme, y cogí el revólver.

Prefiero el Magnum porque me he acostumbrado a él, pero un Smith & Wesson es una cosa muy seria, muy manejable y absolutamente efectiva. No podía arriesgarme, de modo que en cuanto lo hube cogido entre mis dedos, tiré del percusor, me incorporé, giré hacia los matones con deliberada torpeza e hice fuego.

El primer balazo entró en el pecho del tipo de la 45, a la altura de la tetilla izquierda. Su expresión torcida no se modificó cuando el arma

cayó de su mano y él fue impulsado hacia atrás. No perdí tiempo observando su agónico paso de danza, volví a apretar el gatillo dos veces y el niño del silenciador recibió los plomos con estupefacción. Una bala entró en el pecho, a la altura de la tráquea, pero esa fue la segunda. La primera le había perforado el cuello y un borbotón de sangre saltó hacia un costado como la lengua de un papagayo.

Fui hasta el cuarto de baño, me lavé el rostro y las manos y me miré en el espejo. Tenía la expresión endurecida por el dolor y la náusea, pero me dije que tenía que largarme de allí sin mayores reflexiones.

Recuperé el Magnum y oculté los dos revólveres bajo la cama, cuando salí de la habitación coloqué en la puerta el letrero de No molestar. Fue un detalle patético, considerando la situación.

Subí al ascensor y el muchacho que operaba los botones me sonrió como a un camarada admirado. Le pagué la sonrisa con un par de dólares, bajé del ascensor y crucé el vestíbulo con paso natural.

El último detalle irónico lo protagonizó el recepcionista.

—Mi cuenta, por favor —pedí.

—Su cuenta ha sido saldada, señor Cooper —dijo amablemente—. Ha sido un detalle de la gerencia.

Mientras me alejaba en el Porsche no pude menos que sonreírme. Finnegan había decidido hacerse cargo de la cuenta de mi cadáver.

CAPITULO VI

La encontré como a la protagonista de una película de Bob Fosse: embutida en una malla de baile, con el rostro tenso por el ejercicio y los músculos abultados allí donde debían estarlo.

No me miró cuando cerré la puerta y arrojé la cazadora encima de una silla. Parecía concentrada en sus movimientos como si en vez de una superficie de varios metros cuadrados se hallara evolucionando sobre un cable tendido de uno al otro lado de Niágara Falls.

—Me alegro de verte, Nick —dije, aflautando mi voz—. Lo mismo digo, muñeca. ¡Oh, Nick!, ¿qué te ha ocurrido? Nada, princesa, nada. Soy el Gary Cooper de la historieta. Llevo ajenjo en el núcleo de mis células y de un salivazo puedo ahogar una termita a seis metros.

Detuvo la danza, apoyó las manos en las caderas y se sopló hacia arriba el mechón de cabellos que pendía sobre su nariz húmeda.

—Eres divertido —dijo con sarcasmo—, muy divertido. He estado paseándome por este maldito lugar durante horas, esperando. ¿Sabes lo que significa?

—Que estás histérica.

—¡Puedes irte al infierno! —bramó y el sonido de su propia voz le resultó demasiado exagerado. Lanzó una carcajada y me dio la espalda, avergonzada de su actuación.

Me acerqué y la abracé desde atrás. Olía a mujer fuerte, a cuerpo joven y a vitalidad sexual. Soy un admirador de los olores y, generalmente detecto los perfumes antes que a sus propietarios. No siempre es una ventaja contar con semejante don. Pienso en ello cuando me aventuro en el metro durante las horas punta.

—¿Qué ocurrió? —preguntó.

—He metido la pata.

—Te han lastimado.

—He matado a dos de los matones de Finnegan.

Se apartó de mí, giró el rostro y me miró como a un aparecido del país de la desolación.

—Eso es terrible... —dijo sin énfasis.

—¿Qué creías? No llevo la artillería para seducir a las ninfas en las discotecas.

—¿Qué ocurrirá ahora?

—Finnegan sabe quién soy y me está buscando. Ignora que tú vives

y eso es un naípe marcado que opera a nuestro favor.

—¿Por qué?

—Porque no hay nada más absurdo que preocuparse por un muerto, y tú estás muerta para la Organización.

—Haré lo que digas.

—¿Seguro?

—Pruébame. Cualquier cosa antes que quedarme recluida en este apartamento esperando conocer las novedades en los titulares de los periódicos.

—Está bien. Finnegan sabe que puedo alcanzarlo porque he estado en su ático. Sabe también que por alguna razón deseo vengar a Merck y debe estar movilizando a sus huestes para averiguarlo todo de mí. Cuenta con el personal y la impunidad suficiente como para darme alcance.

—Un panorama muy alentador, muchacho —bromeó.

Levanté el auricular y pedí una conferencia con Nueva York. Encontré a Roy Burnick en su despacho. Parecía divertido por algo que no estaba dispuesto a compartir conmigo.

—Las cosas se complican aquí, Roy.

—Cuéntame las novedades, hijo, no los sobrentendidos.

—Bien. Finnegan está detrás del asunto, y decidí complicarle un poco las cosas. Hubo una muchacha que precipitó los acontecimientos. Una chica de buen ver que busca dólares extra en los lugares adecuados. Se equivocó con la urbanización de Finnegan y estaba conmigo cuando aparecieron dos gorilas a echarla a patadas... o a hacerle algo aún peor.

—Aguarda... Sí... continúa...

Comprendí que estaba tomando notas de mi conversación.

—Tuve una pelea en la playa y regresé al hotel con la idea de largarme cuanto antes de allí. Estaba seguro de que no intentarían nada en la habitación, suponiendo que los matones se recuperaran antes de que yo me esfumara.

—¿Visitas?

—Dos. Profesionales.

—¿Y?

—Venían a liquidarme —dije gravemente.

Roy lanzó su risilla jactanciosa.

—¿Por qué? ¿Por darle una paliza a dos matones? No puedo creerlo. Finnegan no es un imbécil.

Precisamente. Ató cabos. Uno de los gorilas me conocía de Nueva York.

—¿Y qué? No eras más que un tipo de acción que salió en defensa de Gwendolina.

—Yo había visitado su ciudadela la noche anterior y dejado una

nota en el corazón del imperio. ¿Comprendes?

—Más o menos.

No podía tratarse de una casualidad, Roy. Un investigador privado da una paliza a los yetis del amo y en el mismo día un extraño deja una advertencia en el sitio indicado. De todos modos, debía tener mi descripción. Estuve en el bar del chino.

—Ahora sí lo entiendo. ¿Quieres una guerra?

No, no la quiero, pero ahora estoy metido en ella. No voy a aguardar a esos cretinos con los brazos cruzados.

¡Estupendo! ¿Se trata de la muchacha?

—¿Qué quieres decir?

La princesa condenada a muerte. ¿Te gusta ella?

No tiene nada que ver, Roy.

—Tal vez no y tal vez sí. Conociéndote, creo que la respuesta es afirmativa.

—Voy a cortar, amigo. Sólo deseaba que tuvieras la historia.

—Esto no es una historia. Es basura.

—Sí, lo es. Pero los negocios de Finnegan no constituyen un muestrario de buenas costumbres.

Colgué el auricular con la sensación de que había cometido una verdadera estupidez. La Organización iba a liquidarme y si encontraban a la muchacha conmigo se sentirían muy felices de acabar con el trabajo malogrado en Nueva York.

Melina posó su mano encima de mi hombro. Me había quedado observando el teléfono como a la lámpara de Aladino. El genio que contenía, sin embargo, no estaba allí sino en mi cerebro y era un genio maligno.

—Estamos solos, ¿verdad?

—Sí, pero eso no significa nada, muñeca.

Me dio la vuelta, se alzó en la punta de sus pies y me besó con delicadeza.

Sólo faltaba la musiquilla de una pianola y la nieve en los cristales para que la depresión resultara perfecta.

La aparté con suavidad.

—Te diré una cosa, Melina. Ellos me encontrarán más tarde o más temprano. Si te quedas a mi lado nos iremos de la mano camino del infierno. Me gustaría que te marcharas de aquí. Tú estás libre. Para la Organización eres un número borrado. ¿Lo entiendes?

—¿Qué te ha hecho cambiar de idea? —preguntó, apretándose contra mi cuerpo.

—Todo se ha complicado y...

—¿Y....?

—¡Maldita sea!

Me besó dulcemente y sonrió.

—¿Temes por mí?

—Preferiría tener las manos libres. Estar solo y librado a mis propias fuerzas. Tú eres un obstáculo en este asunto.

—Hace un momento dijiste que podía ayudarte.

—Y es cierto, pero no a costa de la vida de los dos.

—Creo que puedo darte una maravillosa idea.

En ese momento reparé en su serenidad. Había dejado a un lado la histeria y se había transformado en una mujer fría, ligeramente desdeñosa y muy complacida con lo que fuese que se agitaba entre sus orejas.

—¿Qué sugieres?

—Creo que tenemos una oportunidad si nos damos prisa —dijo enigmáticamente. —Magnífico, ¿acaso has pensado en una villa mexicana ajena al tránsito turístico?

—No estoy hablando de huir, sino de hacerles frente.

—¿A la Organización?

—No, solamente a Finnegan.

Me senté en una butaca y procuré serenarme. Había vislumbrado la punta del ovillo y no quería perderla.

—Un momento... ¿Quieres decir qué...?

Asintió con la misma cornisa inalterable flotando en sus labios.

—... que Finnegan querrá ocuparse personalmente de ti, sin intervención del resto de la pandilla. Él y sus hombres deben ocuparse de los obstáculos para demostrar su eficacia.

¿Qué dirían los jefazos del Este si se enteraran de que un investigador privado ha entrado en el bastión del hampón insigne? Tiene que deshacerse de ti con sus recursos. Y como tú has dicho, sus recursos son gigantescos.

—¿Cómo consiguió seducirte? Tienes un buen cerebro.

Esta vez no apartó su mirada.

—No tiene mucha explicación, Nicholas. Ocurrió y eso es todo. No puedo decirte más. Me fascinó y luego me enamoré. ¿Le conoces?

—Le he visto en decenas de fotografías y una vez personalmente. Ayer mismo, en Courtnay Pleasure.

—¿Qué impresión te produjo?

—Un tipo fuerte, buen mozo y seguro de sí mismo.

—Exactamente. ¿Notaste las manchas de sangre bajo las uñas? ¿Prostituyó a alguna adolescente de mirada ingenua ante el público de la urbanización?

—Es un hijo de perra muy conocido.

—¿Sabes quién es Eloise Bertrus?

—No.

—Es una de las mejores actrices de teatro vocacional de la costa Oeste.

—No conozco mucho de teatro vocacional —repliqué, sabiendo exactamente hacia dónde apuntaba su razonamiento.

—Pues yo no leía ningún periódico cuando era actriz. Sólo me ocupaba de los reportajes que ensalzaban mi actuación desde las páginas artísticas. Me lo presentaron como a un hombre de negocios muy influyente. Y eso es cuanto yo necesitaba saber. No estoy justificándome. Viviendo a su lado supe que había un tipo peligroso debajo de su piel, pero entonces ya me había... aficionado a Marty.

—Sí, puedo comprenderlo.

—¿Hablas con sinceridad?

—¿Qué crees? Yo también tengo mi historieta.

—¿Preparo la cena?

—Una idea estupenda.

Se alejó en dirección a la cocina y escuché el sonido de las ollas y los cubiertos.

Fui hasta donde se hallaba, inclinada encima de las hornallas, y la abracé con fuerza desde atrás. La aplasté contra mí y acaricié sus senos pretenciosos bajo la textura elástica de la malla de baile.

—Melina, te quiero —dije como un imbécil.

Ella no pareció atribulada, ni siquiera incómoda por aquella frase que hubiese conseguido un mohín desdeñoso en Zara. La vieja y olvidada Zara.

Se frotó como una gata y comenzó a respirar con avidez, estimulada por un cocktail de emociones que había ido agitándose durante los últimos días.

—Olvídate de la cena, Melina.

Retrocedí hasta el dormitorio y combatimos juntos por la conquista de un fantasma hermoso y esquivo que parecía jugar en medio del aliento.

—¿Qué haremos después? —preguntó cuando el fantasma nos dio un respiro.

Estaba pegada a mi cuerpo por una película de sudor y sentía el latido de su sangre aplacada.

—Pensaremos en ello cuando Finnegan deje de preocuparnos. ¿Estás de acuerdo? —Acabaremos con él... —dijo, y repentinamente se interrumpió y sus músculos se endurecieron a lo largo de mi piel.

—¿Qué te ocurre?

—He recordado algo..., algo que dijo Marty cuando me descubrió en su ático tras la charla con sus secuaces.

—¿Qué fue?

—Te expliqué que me dijo fríamente que yo debía morir, ¿verdad?

—Sí.

—Me sentía demasiado asustada entonces y, luego, cuando hablamos de ello, el detalle no pareció tener demasiada importancia.

Lo olvidé momentáneamente.

—Dilo de una maldita vez —exclamé.

—Marty dijo algo como esto... «Afortunadamente cuento con Cassidy para el trabajo...» —Cassidy...

—Y añadió «...este desliz podría costarme mi posición. No tengo nada personal contra ti, muñeca, pero en mi negocio hay mucha competencia. Basta un error como éste y....»

—¿Y? —la animé.

—Se pasó el dedo por el cuello. ¿Entiendes?

—Sí, eso ya lo hemos considerado. Tiene que acabar conmigo antes de que la Organización le señale con el dedo por su incapacidad para resolver el problema.

—Hay algo más, Nick. Estoy yo.

—¿Tú? —pregunté sintiéndome como un náufrago en la isla de las arenas movedizas. —¡Exacto! ¿Qué supones que le ocurriría a Finnegan si yo apareciera repentinamente? —¡Ni pensarlo!

—Reflexiona durante un instante... —sugirió, acariciándome el rostro.

Vi una luz animosa en el fondo de sus pupilas.

—Finnegan se sentiría expuesto —dije—. Haría cualquier cosa por atraparte y acabar contigo.

—Exacto, pero no por temor a la policía. ¿De qué podría acusarlo?

—Lo sé. Haría lo imposible por quitarte de en medio por miedo a sus amiguetes, sus pares en la comandancia de la Organización.

—¡Eso es!

Y entonces, finalmente, comprendí lo que ella había estado elucubrando.

Y me sentí como un idiota por no haberlo descubierto antes, por estar atrapado en su seducción y también, debo reconocerlo, en el hecho de que había comenzado a interesarme seriamente en ella.

Me incorporé sobre un codo y la miré fijamente.

—Ahora entiendo. Finnegan enviaría solamente a Cassidy y a los tres tipos que intentaron liquidarte. Confía en ellos y aunque no lo hiciera, Cassidy y los suyos están comprometidos en el fracaso de la operación. Serían los encargados de terminar el trabajo.

—Mientras que en tu caso...

—...puede apelar a todos sus recursos y hacer intervenir a más gente en la búsqueda de mi humilde persona.

—¡Eso es! —exclamó triunfalmente.

—¿Sabes una cosa, muñeca?

—No.

—Eres genial.

—Y tengo una buena figura, señor Cooper —añadió de un modo encantador—, Dos atributos indiscutiblemente fascinantes para

encontrar reunidos en la misma cama. ¿Verdad?

La atraje sobre mí y la besé con violencia en los labios. Fue un beso superficial porque tenía la boca abierta en una sonora carcajada.

Cuando terminó de reír se separó de mí y se encerró en el cuarto de baño.

—Prepara algún bocado, regreso en media hora —le grité a través de la puerta.

Me vestí rápidamente y salí a la noche serena de San Francisco. A mis pies, como una oruga de múltiples agallas, el Golden Gate que dividía la bahía.

Ya me hallaba dentro del Porsche cuando decidí que era un vehículo poco apropiado para la ocasión. Caminé un par de manzanas y cogí un taxi que me condujo a una galería del centro de la ciudad. El Porsche permanecería oculto en el garaje de mi amigo hasta que hubiésemos acabado con Finnegan o él nos convirtiera en pasajeros del otro barrio.

Entré en una tienda de venta de artículos para fotografía y adquirí una cámara Polaroid y un par de rollos. Ya en la calle compré el diario de ese día y pertrechado con el material, regresé al apartamento.

Percibí el aroma del sofrito y un minuto después vi a Melina aparecer desde la cocina. Vestía una falda muy corta y una blusa entreabierta. Iba descalza y parecía feliz. Por un momento pensé que la vida podía resultar una aventura muy agradable.

CAPITULO VII

Después de cenar comenzamos la puesta en escena. Se sentó sobre la cama en la posición del loto, luciendo su sonrisa más complacida y sosteniendo entre sus manos el diario del día por la primera página, mostrando con claridad la fecha.

La Polaroid hizo todo el trabajo y con la fotografía seca entre las manos escribí una frase digna de mí:

«Finnegan, muñeco, deberías haber comprendido que tenía una carta fuerte. ¿Qué te parece la fotografía? Hermosa, ¿verdad? Está viva, sabe mucho y yo la represento. Yo olvidaré a tus matones y tú te olvidas de sus muertes. La señorita Boyer desea llegar a un acuerdo.

» Cooper.»

—Se pondrá furioso —dijo Melina.

—No estará mal para empezar.

—¿La enviaremos por correo?

—No, la llevaré yo personalmente.

—Creo que es un trabajo que debo hacer yo, Nick.

Cogió la fotografía y la miró durante un momento demasiado largo. Su expresión tradujo un sinfín de sentimientos, todos ellos enredados bajo la sombra de sus pupilas. En ese instante revivió caleidoscópicamente esa serie completa de siniestras experiencias vividas bajo el imperio de la Organización.

—Me sentiré más seguro si la llevo personalmente —dije con convicción, aunque estaba seguro que ella se negaría.

Se encogió de hombros, introdujo la fotografía en un sobre y luego recogió una cazadora de jean que le sentaba muy bien. Durante todos aquellos días, desde que la recogiera en la nieve hasta el momento en que se dispuso a salir para entregar la fotografía, sus atavíos eran retazos de mi vida con Zara. Al principio me dolía verla con sus ropas, pero a medida en que iban pasando los días, Melina confirió a los pantalones, las botas, las blusas y las cazadoras de Zara una atmósfera de su propia personalidad. Era como si transformara el recuerdo de Zara en su propia presencia a través de aquel proceso continuo de usar sus vestidos.

Estaba preciosa cuando se detuvo ante la puerta y me miró. La cazadora y los tejanos color arena, las zapatillas deportivas blancas y una camiseta azul sin mangas y ajustada sobre sus pechos libres, me

produjeron una sensación de infinito amor por la desconocida Melina Boyer. O, al menos, de infinito afecto. La palabra amor suele producir efectos contradictorios cuando se ha fracasado más de una vez. O sólo una.

—No te preocupes por mí. Regresaré pronto.

—Te reconocerán. Iré contigo, Melina.

—No, debo hacerlo yo sola. Créeme.

—¿Te presentarás en Courtney Pleasure y sencillamente entregarás el sobre con la fotografía al conserje?

—No, no hará falta. Marty es un jefazo. Todos son sus secretarios. La urbanización es su feudo y cada empleado es un vasallo solícito.

Me envió un beso con la punta de los dedos y salió del apartamento.

Me duché, me vestí y me recosté en la cama jugando con el Magnum, controlando su carga y apuntando a las manchas del cielorraso con el cañón poderoso.

No estaba acostumbrado a trabajar en compañía. Tampoco me gustaba que ella se arriesgara. Más allá de mis sentimientos por Melina, era obvio que si la atrapaban nuestro único plan viable se iría al demonio. Y poco después nosotros nos reuniríamos en el infierno, ante ese mismo demonio.

Me volví en la cama, ansioso y maldiciéndome por haber permitido que fuese ella la mensajera.

Por fin me dije que no resultaría peor si yo mismo me daba una vuelta por la urbanización. Me puse una cazadora para cubrir la pistolera con el Magnum y cogí una caja de balas. Descendí hasta la calle con el 38 envuelto en un pañuelo y trepé el Porsche para dirigirme a la ciudad.

Dejé el automóvil en un aparcamiento subterráneo y cogí un taxi hasta la sucursal de la Hertz. Alquilé un Ford oscuro, similar a otros cien mil modelos idénticos, coloqué el 38 debajo del asiento y me dirigí hasta la urbanización de Finnegan.

La noche tiene un sabor especial en la costa Oeste. La brisa es estimulante y de vez en vez arrastra el aroma múltiple del puerto, los barcos pesqueros, el petróleo derramado y el yodo del océano. Las gentes salen de sus casas en busca de una cerveza helada y se reúnen en las calles como hordas plañideras y multicolores. En los barrios bajos, el perfume se convierte en hedor, la cerveza en aguardiente de mala calidad y la alegría en desconfianza. Los gatos de albañal sustituyen a los perros de raza y sus maullidos penetran en el cerebro como estimulantes encendidos.

Es el pulso de San Francisco y no es malo ni bueno, sólo una evidencia urbana.

Atravesé la ciudad por las avenidas, apurando la marcha, impulsado por un temor creciente. Soy un tipo frío y racional, pero de tanto en

tanto sucumbo a esos famosos presentimientos que han convertido a las mujeres en los personajes mágicos de la literatura... y también de la vida.

Detuve el Ford en un mirador de la carretera de la costa. Debajo de mis pies, más allá del vallado de protección, atisbé las luces ordenadas de la urbanización. El hotel parecía un muro sonriente surgido para interrumpir el sendero plateado que la luna dibujaba sobre las olas.

Junto a la piscina, adornada con guirnaldas orientales, una orquesta llenaba la noche de melodías dulces y un centenar de parejas bailaban en las terrazas mayas como protagonistas de una vieja leyenda actualizada por la moda estival, los perfumes caros, el sexodólar y la mirada perforante del poder omnímodo.

Desde aquella posición me era absolutamente imposible controlar la actuación de Melina.

Regresé al coche y descendí hasta las proximidades de Courtnay Pleasure. Dejé el motor en marcha, comprobé que el Magnum saldría con facilidad de la pistolera y me encaminé hacia la playa flanqueando el predio de la urbanización.

Hallé el sitio adecuado para entrar cuando superé la primera barrera de médanos. Salté dentro del feudo de Finnegan y crucé parte de la zona ajardinada en dirección a la música, las parejas danzantes, las risas y las carcajadas alcoholizadas.

Un camarero llegó hasta mí y me ofreció una bebida de su bandeja milagrosa. Le sonreí y acepté un bourbon con hielo.

Delante mío se había transformado el mundo diurno. Los caballeros de sienes canosas y disciplinadas parecían parásitos de los cuerpos cimbreados de hermosas criaturas de piel aceitunadas. Los jóvenes de cuerpos atléticos no perdían el tiempo y unían sus pieles doradas a las curvas semidesnudas de las muchachitas en flor. Las luces provenían de unos cuantos farolillos chinos que se agitaban con la brisa del Pacífico y el servicio se debía a una discreta legión de camareros que se escurrían entre la horda sensual con la eficiencia de un cuerpo de anguilas danzantes.

En el triple trampolín, a varios metros por encima de los súbditos, Marty Finnegan observaba el paisaje con una sonrisa segura entre los labios. Vestía un traje de lino blanco y llevaba una camiseta a rayas blancas y amarillas. No pude ver sus zapatos, pero estaba seguro que hacían juego con el resto del atavío. Finnegan jamás descuidaba un solo detalle.

En las dos escalerillas que ascendían hasta los trampolines, acodados displicentemente, con un cigarrillo entre los labios, como figuras simétricas, divisé a Duke y al otro matón, el que se había encontrado con mis dedos en la playa.

Los dos parecían complacidos con el espectáculo que observaban y

una pléyade de muñecas le dirigía la mejor porción de su colección de miradas enervantes. Los dos llevaban en el rostro las muestras de la pelea y el detalle aumentaba la brutalidad que exudaban como un aura maligna.

Fue en ese preciso instante cuando vi a Melina.

Tenía la copa de bourbon entre los labios y la mirada atrapada por la mueca de Duke cuando su silueta color arena surgió desde la izquierda. Llevaba gafas de sol y un pañuelo de colores alrededor de la frente. El cabello cubría parte del rostro y el cuello levantado de la cazadora le confería un aspecto beatnik de épocas pasadas.

Sentí el impulso de ir a su encuentro, detenerla y llevármela de allí a toda pastilla, pero no lo hice. Ella estaba a pocos metros de Duke y observé impresionado la naturalidad de su sonrisa.

Duke la detectó como un perro de caza a la perdiz más perfecta de la temporada y sus labios hinchados dejaron escapar una sonrisa que podría competir con la mueca de buen Frankenstein. Ella se detuvo dando la espalda a uno de los farolillos de modo que el matón sólo podía ver su rostro a medias. Le acarició la mejilla y le entregó el sobre.

Duke movió los labios y pude adivinar el desagradable siseo de su voz y hasta oler el aliento que exhalaba como el dragón del cuento.

Comencé a moverme en dirección a la piscina, intentando interceptar a Melina cuando se alejara del matón.

Ella acarició nuevamente el rostro de toro apaleado y sonrió bajo la luna como una diosa helena. Vi su cuerpo tenso, la presencia exacerbada de los pezones contra la camiseta y el brillo de su mirada cuando se abrió paso hacia el sitio en que me hallaba.

Su andar era absolutamente calmo, cadencioso y sugestivo. Un par de muñecos con grandes pectorales, patillas largas y manos rápidas pretendieron cazarla al pasar, pero ella se deshizo de sus reclamos con un gimnástico quiebro de cintura y una sonrisa de nieve pura.

Sentí su energía y su decisión como si se trataran de una inyección endovenosa. Di un par de pasos para salirle al encuentro cuando algo me detuvo.

Duke había comenzado a subir la escalerilla del trampolín con el sobre en la mano.

Melina me vio en el momento en que me detenía y me dedicó un gesto de extrañeza.

Le hice señas de que apretara el paso y se reunió conmigo detrás de un seto prismático. Desde allí atisbamos la escena que comenzaba a desarrollarse en la cima del trampolín.

Duke entregó el sobre a Finnegan.

Detrás del hampón había dos individuos muy robustos a los que no conocía. Duke comenzó a descender la escalera y Finnegan abrió el

sobre.

—El de la izquierda —dijo Melina—. El tipo que está detrás de Marty, a la izquierda...

—¿Qué ocurre con él?

—Ese es Cassidy.

—¡Magnífico! —exclamé—. Ahora tenemos a todos los protagonistas en escena.

Melina me aferró el brazo, se apretó contra mi cuerpo y me transmitió un repentino temblor.

—Tranquilízate, muñeca —le previne.

Finnegan abrió los bordes del sobre y extrajo la fotografía. Repentinamente se puso de pie con un movimiento que arrojó su tumbona hacia atrás y que obligó a Cassidy y al otro matón a precipitarse hacia su jefe.

El los apartó con irritación y dio la vuelta a la fotografía. Leyó cuidadosamente mi frase genial y miró hacia todos lados.

Melina y yo escuchamos perfectamente su grito cuando requirió la presencia de Duke.

—Será mejor que nos larguemos de aquí —dije.

—¡Un momento! —insistió Melina.

Duke se acercó a su amo y observó la fotografía. Luego se volvió y buscó a Melina con la mirada. Señaló hacia abajo y comenzó a hablar precipitadamente.

—Está describiéndote al amito blanco —sonreí, aunque me sentía más que nervioso que un escorpión sobre una sartén hirviendo.

—Comienza el baile —rió Melina—, Jamás vi tanta desesperación en el rostro de piedra de Marty.

—Vámonos de aquí, encanto, o las emociones fuertes comenzarán a ser nuestras.

La cogí de una mano y nos disponíamos a marcharnos cuando ella se soltó y señaló nuevamente hacia el trampolín.

—¡Mira! —exclamó—. Esos tipos.

Dos individuos de complexión atlética subían las escalerillas del trampolín.

—¿Estaban con Cassidy? —pregunté.

Melina asintió con la cabeza.

Cassidy era alto como yo, ligeramente ancho en la cintura, con dos entradas que avanzaban desde su frente hasta los temporales y una expresión burlona, de labios abultados y torcidos. El otro sujeto, el que había estado con él junto a Finnegan, luda un bigote mexicano que caía hasta el borde mismo de la barbilla. Tenía hombros de levantador de pesas y piernas cortas y duras como columnas. No parecía descalcificado en absoluto.

Los dos matones que habían llegado a la carrera eran más jóvenes,

tal vez treinta años. Eran rubios, esbeltos y fibrosos como modelitos nazis de la raza aria. Uno de ellos tenía el cabello ondulado y largo. El otro lucía un estupendo corte a la navaja que resaltaba sus rasgos duros.

Podría haberlos matado allí mismo si hubiese tenido un bazooka. No soporto la violencia gratuita y menos cuando se presenta impunemente, fríamente, cuando se proyecta sobre una persona como si sólo fuese un trozo de carne susceptible de sufrir. Aquella pandilla de hijos de perra había jugado con Melina, la había utilizado brutalmente para una sarta de ceremonias perversas y luego, con una helada serenidad la habían embutido en una bomba de gasolina.

En mi opinión, no valían el salivazo de un guanaco.

Retrocedimos hacia el área ajardinada por la que yo había penetrado en la urbanización y busqué el médano que eligiera para entrar.

Ayudé a Melina a saltar y luego me volví hacia la piscina. Estábamos demasiado lejos, pero pude observar con absoluta claridad que ya no había nadie en la cima del trampolín.

El señor feudal había sido obligado a abandonar perentoriamente su trono estival. —Démonos prisa. Tengo un coche a un centenar de metros de aquí.

—¿El Porsche?

—No, cariño —sonreí—. El Porsche tendría el mismo efecto que una bengala de alarma. Corrimos a lo largo del linde de la urbanización aproximándose al lugar donde había dejado el coche de alquiler. La luna confería al paisaje una atmósfera quieta y teñía la vegetación con su resplandor polar.

Llegamos al automóvil y abrí la portezuela a Melina. Di la vuelta y me situé detrás del volante. Junto al Ford había un matorral y de detrás del matorral apareció Duke con una escopeta de cañones recortados en sus manazas y la misma expresión que ostentaba el sabueso de los Baskerville durante las noches oscuras.

Melina acababa de acomodarse cuando el matón sonrió complacido y acercó los ojos cejijuntos de la escopeta a mi cabeza.

—Buenas noches, muchacho —dijo jovialmente.

Melina ahogó un grito y se llevó las manos al pecho.

Yo tenía la mano izquierda sobre el volante y la derecha sobre el asiento.

Duke introdujo un brazo en el coche y me quito el Magnum mientras apretaba la escopeta contra mi sien.

Yo cogí el 38 de debajo del asiento y le apunté al estómago a través de la puerta.

—No eres tan listo, ¿verdad? —se mofó el matón.

—Tu fachada no es tan bella como hace un par de días, rufián. ¿Qué

opinas de mis nudillos?

La sonrisa se petrificó en su rostro vendado y chasqueó la lengua como si degustara su mal sabor de boca.

—Voy a volarte tu estúpido cerebro, bastardo —rugió.

Apreté el gatillo.

Los estampidos aumentaron la temperatura dentro de la cabina. Melina lanzó el aullido contenido y Duke salió despedido hacia atrás con el vientre abierto.

Melina interrumpió el grito con la misma prontitud con que lo había iniciado y yo abrí la portezuela para recuperar el Magnum. Lo enfundé y regresé al coche. Puse la primera marcha y salimos disparados por el camino de pedregullo en dirección a la carretera. —Tranquilízate —dije a la máscara de Melina.

—¿Cómo...?

—Tenía el 38 debajo del asiento —le expliqué—. Disparé a través de la portezuela.

—¡Dios mío!

—Tú lo has dicho.

—Creí que... que...

—¿Que me había volado el cerebro?

—Sí, los dos estampidos...

—Bueno... aún no he perdido mi atractivo. Observa mi perfil.

No lo hizo, a cambio comenzó a sollozar.

—Lo siento, pequeña. Esto es una guerra. Tendrás que acostumbrarte a la idea porque se trata de ellos o de nosotros y prefiero que los muertos sean ellos. ¿Sabes por qué?

Alzó el rostro inundado de lagrimones gigantes y me miró por entre el brillo húmedo de sus pupilas.

—¿Por qué?

—Porque estoy enamorado de ti.

CAPITULO VIII

Me hubiese gustado hallarme en Luxor, observando las ruinas de la civilización egipcia en la madrugada iluminada del desierto y entonces decirle a Melina que la amaba. Pero jamás he podido elegir adecuadamente el momento idóneo para una ocasión como aquella.

Delante nuestro, en la carretera desierta, surgió un Cadillac oscuro. Finnegan se había dado prisa y comprendió que Melina y yo sólo podíamos largarnos por mar o por tierra. Habría enviado un par de matones al puerto deportivo de Courtney Pleasure para cubrir esa área y al Cadillac con el resto de su grupo de confianza a controlar la carretera que, por otra parte, era la única vía de escape terrestre. La urbanización gozaba así de una total privacidad.

Melina se aferró del salpicadero y yo lancé violentamente mi bólido hacia el centro del enorme mastodonte mecánico. Nadie en su sano juicio obstaculizaría un camino con un vehículo y se quedaría dentro, sobre todo si puede ser colisionado de costado. Por lo tanto, el Cadillac derrapó vertiginosamente hacia atrás y mi Ford pasó como un vendaval a escasos centímetros del grupo de matones.

Alcancé a ver fugazmente el rostro duro de Cassidy al volante, la expresión furiosa de Finnegan a su lado y los fogonazos de varios disparos provenientes de las ventanillas traseras. El dúo de bellos arios y el yeti de bigotes mexicanos no perdían su tiempo.

Por el retrovisor continué observando a nuestros perseguidores que ganaban terreno.

—No podremos llegar a San Francisco —dije—. ¿Conoces algún sitio donde podamos defendernos?

Melina se removió en la butaca, encogida y tembló rosa. Su audacia iba y venía como la marea.

Se recuperó, respiró profundamente y echó un vistazo a la noche pálida de luna.

—Hay un puerto deportivo más adelante, a la derecha. Un sendero de pedregullo y arena descendiendo hasta él.

—¿Guardias?

—No lo creo. Tal vez algún turista retrasado o...

Una bala cruzó limpiamente entre nuestras dos cabezas y convirtió el parabrisas en un mosaico diminuto.

De una trompada agujereé el mosaico y una corriente de aire

perfumado me llenó la nariz y la boca.

El sendero apareció detrás de una curva, apenas señalizado y violentamente inclinado hacia la playa. Di un golpe al volante y el Ford saltó desde la carretera hasta el declive de pedregullo y arena, se encabritó como un caballo enloquecido, derrapó a derecha e izquierda y yo encajé la segunda marcha para rebajar la velocidad. El motor atronó la noche, el tubo de escape saltó en pedazos y, bramando como si estuviese vivo, el Ford inclinó el hocico oscuro en dirección al muelle.

Clavé los frenos y detuve la máquina a cinco o seis metros del malecón de piedra.

Melina abrió la portezuela y saltó a tierra. Yo rodeé el automóvil y la cogí de un brazo para arrastrarla en dirección a los barcos silenciosos.

Corrimos inclinados por entre los yates lisiados del muelle seco y continuamos avanzando hasta el borde aceitoso de una plancha flotante que unía la orilla pedregosa con el brazo crujiente de uno de los muelles de madera.

El Cadillac se detuvo detrás del Ford, obstaculizando la retirada y cinco tipos saltaron de él, armas en mano, y corrieron en todas direcciones.

—¿Sabes nadar? —pregunté a Melina.

—Sí.

—Bien, quiero que te lances al mar procurando no hacer demasiado ruido y te alejes de aquí. Intenta cubrir la retirada nadando entre las barcas ancladas en los espejos de agua. La luna es como un reflector. ¿Me has entendido?

—Ven conmigo.

—¡Haz lo que te digo!

La ayudé a entrar en el mar sujetándola de una mano y en el último momento, antes de que se soltara, la besé en los labios. Fue un beso seco y amargo.

Melina se alejó nadando como una rana y yo saqué el Magnum de la pistolera. Tenía el Smith & Wesson en la cintura y las balas en la cazadora. Me incliné detrás de la escalerilla de un magnífico velero y aguardé.

No tuve que esperar mucho tiempo. Una ráfaga astilló el casco inmaculado, a dos metros escasos de mi cabeza. Me arrojé cuerpo a tierra, estiré los brazos y sujeté el Magnum con las dos manos antes de disparar. Cuando lo hice, el cañón pareció saltar con violencia y un grito corto y penetrante me indicó que el dueño de la metralleta había caído destrozado por mis proyectiles.

Rodé por el muelle perseguido por varios disparos y avancé a gatas resguardado por una hilera de bidones de gasolina vacíos.

Las balas resonaron en los tambores metálicos y convirtieron la madrugada en el escenario de una ópera mortal.

Escuché el sonido de alguien que se lanzaba al agua y me volví en busca del nadador. Una serie de disparos me obligaron a agacharme y devolví el fuego con el Magnum. Cuando gatillé en falso me di un respiro para recargar el arma y pensar en algo más adecuado que dejarme atrapar como una rata.

Entonces fue cuando la noche se iluminó. Alguien había movido el Cadillac hasta dejarlo apuntando hacia el muelle y encendiendo los poderosos focos cuádruples.

Avancé inclinado sobre el muelle y cuando calculé que la profundidad no sería demasiada salté al agua. Mantuve los dos revólveres por encima de mi cabeza hasta comprobar que me sumergía sólo hasta el pecho.

—¡Estás acabado Cooper! —dijo una voz estentórea.

Contuve la respiración y apunté hacia los focos de un costado del Cadillac. Hice fuego y la mitad del campo de tiro volvió a las tinieblas.

El Cadillac retrocedió, apartándose de la línea de fuego, mientras un par de revólveres me buscaban descarga tras descarga.

Pasé por debajo del muelle de madera y desde el otro lado, mejor afirmado, busqué un blanco. Contra la luz parcial de los faros del automóvil alcancé a ver la aureola ondulada del peinado africano de uno de los arios majestuosos.

El 38 se estremeció en mi mano cuando descargué el tambor sobre el matón. Su silueta se quebró como un junco atrapado en el golpe de una hoz y quedó inmóvil en tierra.

Me sentí un poco mejor. Pero mi satisfacción no duró más que unos segundos. El grito de Melina interrumpió mi momento de gloria. Fue un alarido breve, agudo y afilado como una navaja.

Una parálisis helada me envolvió como una mortaja.

—¡Sal o mato a la chica! —dijo una voz.

No podía hacer otra cosa que salir, aunque sabía que de todos modos nos liquidarían. Subí al muelle con el Magnum pegado al muslo y el brazo laxo. El 38 descargado estaba en mi cintura.

Miré hacia el sitio del que provenía la voz y vi al ario guapo del corte de navaja que sostenía a Melina contra su cuerpo. Tenía una 45 en la diestra y le apuntaba al corazón. El tipo era alto y su expresión cuadrada me resultaba perfectamente visible a la luz de los faros del Cadillac que aún continuaban encendidos.

—Voy a matarte, cerdo —dijo el rubio y apartó la 45 del pecho de Melina en busca de mi expuesta osamenta.

Melina lanzó un grito y yo levanté el Magnum poseído por una decisión final. Apunté brevemente y disparé una sola vez. El balazo perforó el rostro del rubio y debió hacerle un hueco grande como un

hoyo de golf al salir por la nuca.

Melina cayó arrodillada y yo también. Sólo que en mi caso fue un acto defensivo. Giré con los brazos estirados y descargué el Magnum contra el Cadillac.

Finnegan y Cassidy, desde el interior del vehículo, habían permanecido expectantes ante la aparición decisiva del rubio pertrechado tras el cuerpo de Melina. Y fue un error.

Cuando comencé a disparar sobre ellos, Cassidy dio marcha atrás, hizo girar violentamente el coche y pro curó evitar los cañonazos de mi arma. El Cadillac no tenía espacio suficiente para la maniobra y chocó de costado contra el Ford, giró como una peonza ridícula, arremetió frontalmente la hilera de arbustos y rocas que cerraba el otro extremo del embarcadero y comenzó a caer irremediablemente por el escalón natural que protegía aquel sector del puerto deportivo.

Durante un momento pareció detenerse en su loca pirueta, alcanzado por los últimos plomos del Magnum y, repentinamente, volcó hacia el mar.

Todo ocurrió con demasiada prisa, de modo que aún hoy me resulta difícil recordar la secuencia correcta de los hechos. El Cadillac se deslizó, volcado, en dirección al mar y quedó atrapado por varios bloques de hormigón armado que operaban como refuerzos del rompeolas más distante.

Yo recargué mi revólver y corrí zigzagueando hacia el coche, aguardando la aparición de los dos hampones. Cuando llegué junto a ellos vi una escena que jamás podré olvidar. Cassidy procuraba salir de detrás del volante con gestos desesperados. Finnegan tenía la pierna destrozada, sangrante y doblada en una posición antinatural, surgiendo a través del parabrisas acribillado. Su expresión era dolorida, pero no desesperada. Supuse que se hallaba en estado de shock y me acerqué aún más para cubrir a Cassidy. Había una tenue sonrisa en los labios de Finnegan.

El rostro brutal del matón ofrecía un rictus aterrorizado que no alcancé a comprender en el primer instante. Luego lo supe... o mejor aún, lo olí. Era gasolina.

Una bala había perforado el depósito de gasolina que fluía dentro de la cabina invertida. Mi comprensión del hecho y la explosión ocurrieron al mismo tiempo. La onda expansiva me levantó en el aire y me arrojó hacia un costado. Rodé sobre una superficie de pedregullo y arena hasta que un matorral me detuvo. Tenía la camisa y el pantalón hecho jirones y el pecho y el rostro despellejados. No obstante, no experimenté dolor alguno. Estaba fascinado por la hoguera en que se había convertido el Cadillac, por el fantasmagórico espectáculo de aquel sepulcro de ochenta mil dólares bajo la luz neutra de la luna.

Melina se inclinó sobre mí, me alzó la barbilla y me miró profundamente. No se me ocurrió nada que decirle, me sentía tan frío y paralizado como un icono de piedra.

Ella condujo el Ford hasta la carretera, atravesó una vez más la ciudad y lo aparcó junto al Porsche. Todavía sostenía el Magnum en la diestra cuando subimos al ascensor.

—¿Sabes? —dijo Melina más tarde, mientras desinfectaba mis heridas—. Creo que Marty sonreía dentro del coche.

—Tal vez —admití con el ojo interior fijo en la escena siniestra—, una sonrisa antes de morir.

* * *

Dos meses después de la aventura, de regreso a Nueva York, Melina se inclinó por encima de mi hombro para atisbar la hoja de espectáculos del periódico que yo estaba leyendo.

—Tu amigo Burnick tuvo una buena historia de los hechos —comentó descuidadamente.

La miré de reojo y observé la piel tensa de los senos debajo de una de mis camisas más gastadas.

—La zona de San Francisco se está recomponiendo, encanto. La Organización no pierde el tiempo.

—Pero tú y yo hemos triunfado, ¿verdad?

Miré a través de la ventana. Lo que vi no me hizo mucha ilusión. Vi los tejados grises de la ciudad, la polución navegando como una miasma familiar y por encima del paisaje urbano la escena disparatada y cruel del automóvil incendiado en el puerto deportivo. Ni Melina ni yo habíamos aparecido en las noticias del evento. Éramos libres y estábamos enamorados, pero todavía no estoy seguro de que aquella sonrisa antes de morir haya significado un triunfo. En todo caso no fue ni mucho menos un triunfo definitivo.

F I N

PUNTO

**PUNTO
ROJO**

ROJO
intriga...

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



9 788402 025203

71126



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España